

LA PROTESTA

PORTE
PAGO

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VII
N.º 285

BUENOS AIRES, MAYO 28 DE 1928

El ejemplar
20 Centavos.

LUISA LALLANA



*Asesinada el 8 de mayo en Rosario por un
sicario de la burguesía*

SUMARIO DE ESTE NUMERO :

Nombres y fechas. Luisa Lallana—D. A. DE SANTILLAN: Por la reintegración moral del movimiento—
De la teoría a la práctica. La idea y la experimentación—LUIGI FABBRI: El individualismo en el
anarquismo -- II — ERRICO MALATESTA: El derecho a juzgar—PIERRE RAMUS: El instinto
natural de trabajo en el hombre — EMMA GOLDMAN: Psicología de la violencia po-
lítica -- I — RUDOLF ROCKER: La situación general y lo que deben hacer los
trabajadores — CAMPIO PEREZ: La mujer en la vida y en la lucha social—
LEON TOLSTOI: El mujik y las ciruelas — Musa proletaria por
Pedro Godoy y P. Fuentes Pérez — Bibliografía
Guilda del Amigos del Libro

Nombres y fechas

LUISA LALLANA

El 8 de mayo de 1928 se recordará largo tiempo en los anales del proletariado argentino, y más aún el día 9 del mismo mes, la huelga general de Rosario y el sepelio de los restos de Luisa Lallana.

Como se sabe, a partir del 2 de mayo se inició en el puerto de Rosario una huelga reclamando mejoras diversas, nada extemporáneas, nada exageradas, más bien modestas. El proletariado portuario respondió con bastante unanimidad; quedaron muy pocos traidores en el trabajo, y el capitalismo tuvo que ponerse en campaña en todo el país para encontrar un número de rompohuelgas lo suficiente grande como para realizar las labores portuarias más urgentes y apremiantes.

Los rompohuelgas fueron magníficamente pagados, armados y con una cierta seguridad de quedar impunes en todas las tropelías que cometiesen contra los huelguistas.

Las mujeres, las hermanas, hasta las madres de los obreros en huelga tomaron parte activa en la lucha, un caso raro por su magnitud y por la valentía de que han dado pruebas esas mujeres en la propaganda cotidiana en favor de la huelga.

Entre los núcleos femeninos de propaganda se encontraba una muchacha de diez y ocho años, Luisa Lallana, una compañera nuestra llena de entusiasmo y de fe. A la hora de ir al trabajo los rompohuelgas, las mujeres salían a detenerlos, a repartirles manifiestos, llamados apasionados a la solidaridad contra el enemigo común. Luisa Lallana estaba entre las primeras, dedicada en cuerpo y alma a esa labor, y en la madrugada del ocho de mayo, mientras repartía manifiestos a un grupo de traidores y trataba de persuadirles para que no fueran al trabajo, fué atacada a tiros de revólver por un sicario llamado Romero. Luisa Lallana murió en el acto, pero dejó la vida para entrar en la historia.

Ese crimen tuvo una repercusión rara vez vista en Rosario. Toda la población clamó contra los asesinos; las organizaciones obreras declararon la huelga general de protesta, pero ésta se hubiese hecho efectiva sin orden alguna, tal era la indignación suscitada en el seno de las masas trabajadoras por el asesinato infame.

El día nueve de mayo la huelga general en Rosario fué un grandioso exponente de solidaridad; al entierro de Luisa Lallana concurrieron más de 10.000 personas y toda la población ha estado pendiente de ese acontecimiento. Un

millar de mujeres encabezaban el fúnebre cortejo.

El vil asesinato avivó la huelga y le dió mayor cohesión; unos días más tarde se produjo una nueva masacre en puerto San Martín, donde los marineros provocaron, a causa del terror que les había inspirado la actitud de los huelguistas, un conflicto del que resultaron muertos y heridos varios obreros.

Y apenas se había dado sepultura al cadáver del obrero muerto en Puerto San Martín cuando se produjo una nueva tragedia en el puerto de Santa Fe, donde cayeron dos traidores y dos obreros huelguistas.

Hacia varios años que no se veían huelgas tan simpáticamente acogidas por la población entera y tan combativas. En Rosario ha revivido el espíritu de lucha y de resistencia que escribiera un día páginas tan hermosas en la defensa del pan cotidiano.

Sobre todos los acontecimientos de la huelga portuaria campea el nombre y el espíritu de Luisa Lallana, que parece haberse convertido en bandera de guerra a las provocaciones patronales y a la acción de los sicarios del nacionalismo antiproletario.

El asesino de Luisa Lallana fué detenido por un marinero, a quien se quiso sobornar en vano para que declarase en la forma que se le pedía. ¿Su destino? No puede aun preverse; lo que vale la pena consignar es que en la alcaldía de policía fué gravemente herido por los presos, recibiendo ya para toda la vida en el rostro, con el mango afilado de una cuchara, la marca de infamia de su cobardía. En antecedentes de lo ocurrido a Pérez Millán, la burguesía argentina teme que ese instrumento suyo termine su carrera en manos de los presos; por consiguiente hay que esperar que se le liberte de un modo u otro.

En el diario hemos reseñado todos esos acontecimientos ampliamente. No necesitamos repetir toda la historia trágica de este mes de mayo. Sirvan estas líneas para recordar aquí el nombre de una muchacha que ha dado su vida en el campo de batalla de la guerra social y que simboliza toda la abnegación, la combatividad y el entusiasmo de que es capaz la mujer en la lucha por el pan y por la justicia. ¡Salud a los que caen por las más altas reivindicaciones! Luisa Lallana no morirá en el recuerdo de los que quedan en su puesto de combate, que es un puesto de honor.

D. A. DE SANTILLAN

Por la reintegración moral del movimiento

No nos atreveríamos a predecir si la iniciativa de reconstruir y reintegrar moralmente el movimiento anarquista, prestigiada por compañeros universalmente conocidos y respetados, tendrá o no el éxito que sería de desear. Pero una cosa es cierta: que por el camino de desmenzamientos y de querellas interminables que hemos conocido los últimos años no llegaremos a otro resultado final que el del completo descalabro material y moral del anarquismo como fuerza social suscitadora y promotora de incesantes progresos.

¿Se puede agregar algo nuevo esencial a la descripción que Faure hace de la situación del anarquismo francés y a la que Nettlau nos ha presentado desde un punto de vista más general?

Nos importan muy poco los detalles y no es sobre ellos sobre los que hemos de detenernos para elaborar objeciones, hacer distinciones y producir confusiones nuevas. El objetivo final que se persigue es claro y es en torno a él que debemos permanecer: dar al anarquismo mayor potencialidad combativa y proselitista, hacer frente a la mentalidad guerrillista que ha hecho irrupción en los últimos años en nuestras filas y que nos ha llevado a las más hondas enemidades internas y a la impotencia más dolorosa. Es una palabra, lo que se quiere es un esfuerzo en favor de la superación moral, o mejor dicho una mayor armonía entre la conducta práctica de los anarquistas y el alto contenido moral de las ideas que sostenemos.

El problema está en alcanzar ese objetivo, en confesarnos íntimamente ante la propia conciencia y reconocer si estamos o no dispuestos a renunciar a las cuestiones secundarias, a los odios estériles, a las rencillas suicidas, para dedicarnos por entero, con pasión, entusiasmo, sinceridad y lealtad a la causa de la anarquía, a la difusión teórica y práctica de sus postulados, a la renovación espiritual de los hombres por el soplo de los grandes ideales de libertad y de justicia de que nos consideramos portavoces o defensores.

Al referirse a este problema capital de nuestro movimiento, alguien lo atribuía a los efectos de la pérdida de la fe en la eficiencia de la anarquía por parte de muchos anarquistas; otros lo atribuyen a la influencia del autoritarismo reinante en sus formas de extrema morbosidad, a la acción deletérea de las dictaduras en boga, al contagio operado en el contacto con el fascismo y el bolchevismo, con la diplomacia capitalista, etc.

Posiblemente haya algo de ambas cosas; pero hay también una comprensión insuficiente de las ideas y los sentimientos de la anarquía, una desviación ideológica y práctica. Nos hemos dejado llevar excesivamente por lo exterior, por las meras agitaciones y luchas de la post-guerra y hemos descuidado en gran medida la educación revolucionaria de los espíritus, su capacitación moral. Así, cuando las condiciones sociales e históricas cambiaron, hallándonos poco menos que ante el vacío a causa de la relativa impotencia material para hacer frente a la nueva situación, acabamos de cortar nuestras alas en las disputas estériles dentro del propio campo.

Tal vez no se hubiese llegado a tales extremos de haber sabido aprovechar los momentos de fuerza, de agitación, de grandes posibilidades en una más intensa labor de penetración ideológica y moral. Hemos salido de aquellos días preñados de esperanzas revolucionarias, con un enorme vacío mental y posiblemente ese vacío del propio espíritu fué considerado por muchos como una insuficiencia del anarquismo para resolver todos los problemas de la vida social, política y moral de nuestros días.

En realidad, podría habiarse de un esfuerzo para comenzar de nuevo en los años que siguieron al desencanto de la revolución rusa monopolizada por un partido político tiránico; se comenzaron a reanudar los nexos internacionales, se dió comienzo a una labor de enriquecimiento intelectual, en pequeña escala, pero sólido. El pensamiento anarquista comenzó a encarar la vida y sus problemas y la fe ha ido volviendo a las conciencias y a templar los corazones.

Se ha hecho muy poco todavía, pero hay ya en cada país por lo menos una minoría que comprende la situación y entrevé las perspectivas de una nueva aurora. Y esa minoría es la que inicia en estos momentos una corriente de superación, de reconstrucción y de reintegración moral del anarquismo.

Ante todo hay que enterrar las viejas disputas internas; eso no significa ningún abrazo, aunque siempre sería preferible un abrazo a una guerrilla interminable; lo que significa es el reconocimiento de que hay campo de acción para todos, para todos los temperamentos y todos los gustos, sin necesidad de obstaculizarse y de estorbarse mutuamente.

No queremos unificar métodos ni formular programas únicos; queremos dejar la más absoluta libertad de acción y de pensamiento a todos los anarquistas. Criticaremos, sí, lo que nos parezca erróneo, lo que estimemos derroche de energías, reservándonos el derecho a apoyar o no apoyar cualquier iniciativa nueva o cualquier esfuerzo que se nos presente. Pero creemos que siempre son más los motivos que nos unen que los que nos separan dentro del campo anarquista, y los pequeños odios y rencores no debieran desconocer el hecho que frente al enemigo común todos los anarquistas son hermanos y solidarios. Creemos que la más completa autonomía de los diversos grupos no está reñida ni es inconciliable con ciertas posibilidades de cooperación en los asuntos que atañen a todos los anarquistas.

Problemas de divergencia se nos plantearán siempre, pero sólo el autoritarismo puede hacer de esas divergencias de interpretación teórica o práctica un motivo de escisión completa y de insolidaridad entre las diversas fracciones.

Con éxito o sin él, con perspectivas o sin ellas, es preferible insistir en la necesidad de una mayor armonización entre las ideas y la conducta cotidiana de los que se dicen exponentes de ellas, a continuar en las guerrillas que sólo tendrán por resultado un empeoramiento del mal.

Sería tiempo de iniciar una ofensiva anarquista en todas partes y en todos los terrenos accesibles; pero esa ofensiva sería ineficaz si ha de ser debilitado a cada instante su empuje por las disputas personalistas, por el obstruccionismo de los que no saben de otras luchas que de las libradas contra los propios compañeros de fe. Si cada fracción, o mejor dicho los elementos más conscientes y sanos de cada fracción en que se divide el movimiento anarquista nacional e internacionalmente se compenetrasen

de la gravedad del momento que atravesamos, trabajarían en su respectivo radio de acción por una superación en este sentido, y eso sólo bastaría para reconstruir el movimiento sobre sus verdaderas bases: la más completa autonomía de los grupos, su colaboración en casos de interés común, y su tolerancia recíproca en una convivencia sin inútiles rozamientos.

No es nada grato añadir a los sinsabores y amarguras de la lucha contra el autoritarismo político y económico, los espectáculos dolorosos de las disputas entre compañero y compañero en torno a cuestiones personalistas o de naturaleza secundaria.

Hay que poner un punto final a esas rencillas, a esas disputas internas, por la inspiración de todos nuestros actos en una mentalidad anarquista, es decir antiautoritaria. Ningún esfuerzo que se haga en ese sentido dejará de contar con nuestra más efusiva solidaridad, porque comprendemos todo lo que podría hacerse con un poco más de voluntad y constancia lo poco que se hace efectivamente a causa de la impotencia a que nos reduce la práctica de la insolidaridad puesta en vigor en el seno del movimiento anarquista en los últimos años.



Un grupo de compañeros de la Unión Anarquista Portuguesa, deportados al África Occidental por los dictadores militares

DE LA TEORIA A LA PRACTICA LA IDEA Y LA EXPERIMENTACION

Copiamos de "Plus Loin" de París, abril de 1928, lo que sigue:

"Los problemas frente a los cuales nos hallamos actualmente parecen exigir una adaptación nueva de nuestras ideas, adaptación libre de todo espíritu doctrinal y dogmático.

Al autor de la carta (a la que se relacionan estas reflexiones) le parece que las ideas de emancipación han sufrido una evolución profunda. Nuestros precursores, los utopistas, han cristalizado a su manera las tendencias liberales, los esfuerzos de emancipación de sus antecesores y de su época. Han trazado planes de sociedad, planes de realización total, inmediata, precisa, tanto más detallados cuanto que hacían abstracción de las costumbres, de las mentalidades, del fondo mismo de la masa humana.

Incluso han tratado de realizar sus utopías, han fracasado. Sus fracasos han desalentado a los constructores de sociedad. Y el período siguiente fué el de la teoría pura, un período de romanticismo.

Es el período de investigación teórica sin base experimental: afirmación unilateral de soñadores, combatividad ruidosa de reuniones, imprecaciones de prensa, de murales y folletos. En esa época florecen los grupos políticos aglutinados alrededor de personalidades, en partidos, cuya doctrina de refinamiento en refinamiento conduce a la fijación y a la quietud. Los prosélitos se convierten en presa de una definición, en esclavos de una fórmula (vegetarianos, maltusianos, antimilitaristas, antisindicalistas, individualistas, "cientificistas", etc.).

Después del gran quebrantamiento que ha mostrado la vanidad de la mayor parte de las definiciones o de las creaciones artificiales de los doctrinarios y de los especulativos, en medio del trastrueque de las ideas como de las situaciones, se abre un nuevo campo de investigaciones y reajustamiento de las ideas a los hechos"...

Y se transcriben estos párrafos de la carta a que se refiere lo anterior:

"¿Cuáles son los elementos que pueden reagruparnos aun, no diré en un designio humanitario, aunque esa ingenuidad no sea peyorativa, al contrario, sino para la satisfacción de nuestra razón y nutrición de nuestro sentido social?..."

"La confrontación de nuestras ideas con los fenómenos económicos, las ideas de organización, que no han desflorado nunca la mayoría de los nuestros, el sentido de las responsabilidades que la revolución rusa ha hecho entrever a muchos, el realismo, en una palabra, que no excluye al idealismo, sino que lo encadena a las posibilidades ¿no deben renovar, no sólo los programas, sino, lo que es más importante en esos manifiestos de teóricos, nuestros contactos con la humanidad vecina y cotidiana de que habíamos podido creernos demasiado emancipados?"...

Un grupo de compañeros de Groepingen (Alemania) ha hecho público un manifiesto del que reproducimos lo que sigue:

"La razón de nuevas proposiciones para la actividad de los anarquistas sindicalistas, como también de todos los sindicatos, es la inocuidad de los dineros empleados para fines de huelga debido a los aumentos regulares de los precios que siguen a las huelgas o a la desvalorización de la moneda; además impulsa a ello la impotencia de los sindicatos frente a la racionalización y al fascismo invasor.

Las proposiciones tienden a que las cotizaciones sindicales sean fijadas en un marco semanal y en que esos dineros sean empleados preferentemente y exclusivamente en la instalación de establecimientos para la producción de los más necesarios artículos de consumo, por ejemplo fábricas de calzado y curtiembres, telares, hiladurías, confección, fábricas de pan y demás, colonias con talleres para los desocupados y otras instalaciones necesarias.

La capacidad de los sindicalistas anarquistas, gracias a su número, es ya bastante grande para poder proceder en esa dirección, para sacudir al mismo tiempo a la masa indiferente y mover a los demás sindicatos a tomar las mismas medidas. Un grupo de sólo 300 miembros puede obtener con una contribución mensual de 1.200 marcos ya considerables éxitos. Esos son capitales que en manos de un capitalista privado, con el aprovechamiento de los créditos, llevarían a importantes desenvolvimientos. Al órgano sindical debería agregarse una parte económica. Vías para la colocación de la producción, que en parte puede quedar entre los mismos miembros

(autoabastecimiento), se encontrarían en todo el proletariado y en las asociaciones de consumo. Los diversos grupos pueden agruparse primero para abrir en común un establecimiento y poderse desarrollar así. Los productos se cambian de grupo a grupo, de distrito a distrito, de provincia en provincia.

Frente a cada establecimiento que se inaugurara debería paralizarse una fábrica del capitalista privado y así tendríamos pronto la posibilidad de regular en todo el país según las necesidades los problemas de la jornada, del dinero y otros que interesan a la población laboriosa. Todo compañero comprenderá que con eso poco a poco todos los problemas y acertijos políticos son trasladados a la fábrica, es decir, en gran parte son suprimidos por la actividad autoabastecedora y así en un tiempo más o menos próximo llegaríamos a estar frente al Estado en una situación superior, mientras hoy sólo representamos una masa paciente, un mal necesario.

El sentido de estas medidas está menos en el pensamiento de poder producir más barato que en quitar a los capitalistas la posibilidad de disponer sobre los precios y salarios — los dos polos de la existencia de cada individuo —, que como se sabe representan las causas de toda miseria.

La superación de la economía privada, como puede verse, está en manos de los trabajadores mismos. Los obreros son hoy en Alemania 22 millones, cuyas contribuciones bastarían para instaurar en el más breve plazo establecimientos para la producción de los artículos de consumo necesarios a todo el pueblo alemán. Con eso la influencia sería tan grande que bastaría para suprimir el militarismo, imposibilitar las guerras. No se encontraría nadie dispuesto a fabricar armas, porque tendría asegurada la existencia de otro modo. Se trata también de nuestros descendientes, a quienes no queremos dejarles los gases venenosos y demás instrumentos de muerte.

Todos los demás establecimientos, como las fábricas de máquinas, las fundiciones, etc., dependen de los establecimientos de la economía elemental, de los consumidores. Si un establecimiento se niega a entregar materias primas o máquinas listas, tenemos sobrados medios para demostrar otra cosa a esos señores. Las condiciones de fuerza son otras.

¡Compañeros! Es tiempo de que se pase de la palabra a la acción; lo que no se transforma en hecho no tiene ningún valor. Los nudos políticos deben ser cortados, y la unidad de los trabajadores sobrevendría sin más. En el trabajo, en el taller, está nuestra fuerza”...

En la revista “Fanal” de Berlín, se hacen las siguientes objeciones al contenido del manifiesto transcrito más arriba (abril 1928):

“Transcribimos el manifiesto de nuestros camaradas de Groeppingen simplemente para que se conozca también nuestra opinión, aunque con la mejor volun-

tad no podemos pensar igualmente. No es ningún doctrinarismo el que determina nuestra actitud. Saludamos con alegría todo nuevo pensamiento en el movimiento cuando es apropiado para reanimar la iniciativa y crear nuevos estímulos. Pero en este caso creemos fijamente que los compañeros, en cuya buena voluntad no dudamos un solo instante, se imaginan la cuestión demasiado fácilmente. Ante todo el pensamiento no es de ningún modo nuevo; fué expuesto durante décadas enteras por el movimiento obrero de todos los países y llevó a millares de grandes y pequeños ensayos, que por desgracia terminaron todos con un completo fracaso. La causa principal de esos fracasos consistió justamente en que se creía poder suscitar pequeños organismos socialistas con una vida propia especial dentro del organismo capitalista existente.

Toda institución social desarrolla inevitablemente sus propias leyes, que se manifiestan siempre en cada rama de su vida espiritual y material. El hombre puede reconocer en el curso del tiempo la injusticia y el absurdo económico y social de un sistema social dado y deducir de ese reconocimiento que el sistema debe ser derribado y en su lugar debe aparecer algo nuevo. Puede asociarse con sus semejantes para ese fin y dar pábulo a movimientos que abarcan masas cada vez más vastas y llegará un día a realizar sus objetivos. Pero no puede alcanzar nunca ese fin proponiéndose un día vivir según su propia convicción y llevar una vida propia especial dentro de la organización actual de la sociedad.

El pensamiento en sí y por sí es muy seductor, pero su realización práctica es otra cosa. Mientras estamos forzados a vivir en la sociedad actual, no escaparemos nunca a su influencia. Ciertamente, podemos realizar en nuestra vida privada algunas ideas, pero se trata siempre de determinados hábitos, no de los fundamentos del sistema actual. Este pensamiento puede aparecernos deprimente, pero nada se puede cambiar en su brutal verdad. Por este motivo debería ser para nosotros un continuo estímulo para trabajar en la caída de este inhumano sistema.

La experiencia práctica de largas décadas sólo nos ha mostrado una cosa: Todos los ensayos que se emprendieron en los últimos cien años por los socialistas de las más diversas tendencias para carcomer, por decirlo así, el sistema capitalista desde dentro mediante los experimentos socialistas y derribarlo, o bien han fracasado o bien tuvieron que adaptarse al sistema actual y cayeron por eso en la capitalización. Ante todo el problema agrario, que es el más importante, sólo puede ser resuelto por la expropiación de la tierra, es decir por un acto notoriamente revolucionario, que sólo es imaginable mediante una revolución social. No se puede arrancar la tierra a los capitalistas por compra, sino sólo por la expropiación violenta.

Pero con ello están dadas todas las demás consecuencias. Justamente hoy en que el viejo capitalismo de Estado se transforma más y más claramente en capitalismo colectivo, las perspectivas de esos ensayos son más dudosas que nunca. Los trusts gigantes y las sociedades internacionales de venta son siempre capaces de privar de materias primas a los productores indeseables y de sofocar en germen todo ensayo que les parezca peligroso. En América vemos muy a menudo cómo se priva de posibilidades de vida por esos métodos a concurrentes incómodos, que no son de ninguna manera peligrosos. Cuánto más no se haría cuando se tratara de un ataque directo de la clase obrera, por el cual pudiera ser amenazada la existencia de todo el sistema.

Justamente las ramas más importantes de producción de la sociedad, las minas, los altos hornos, los medios de transporte, etc., de lo cual depende todo lo demás, se encuentran hoy en manos de trusts gi-

gantescos, que ni se pueden comprar ni suprimir por la concurrencia. El socialismo guildista, que es el que tiene las mayores perspectivas entre todos los ensayos prácticos, y con el cual simpatizamos en muchos conceptos, sólo se limita a determinados dominios de la industria. E incluso allí donde puede trabajar con éxito tiene que regirse según las reglas del sistema capitalista. El sindicato portuario de Tampico en México ha excluido por completo de los trabajos del puerto el capitalismo privado y se dedica a la carga y descarga de los barcos. Pero no puede superar los límites del salariado, porque sus miembros están forzados a vivir en el sistema actual y no pueden eludir su influencia. Sin embargo el experimento es digno de tenerse en cuenta, pues fortifica el instinto de los trabajadores y no los aleja del movimiento revolucionario, que es lo que ocurre en muchos otros ensayos. Por lo demás, en uno de los próximos números volveremos a ocuparnos más detalladamente de este problema”.

EMMA GOLDMAN

PSICOLOGIA DE LA VIOLENCIA POLITICA

I

Analizar la psicología de la violencia política no es solamente muy difícil, sino también peligroso. Si los actos que se derivan de ella se los examina de manera comprensible, se expone uno a ser acusado de apología del crimen. Por otra parte, si se simpatiza con quienes cometen los atentados políticos, se arriesga el que se le considere como cómplice. No obstante, es solamente la inteligencia y la simpatía las que pueden acercarnos a la fuente del humano sufrimiento y enseñarnos a obviarlo.

El hombre primitivo, ignorante de lo que eran las fuerzas naturales, trataba de esconderse ante cualquier peligro que le amenazara. A medida que el hombre fué comprendiendo, develando los misterios que rodean los fenómenos de la naturaleza, se percató que si ellos pueden destruir, causar daños en la vida, también producían alivios y mejoras incontables. Para el que estudia seriamente las fuerzas acumuladas en nuestro actual sistema económico y social, que culmina en la violencia política, ha de traerle al recuerdo los terribles fenómenos de la atmósfera que se manifiestan en la tempestad y en la centella.

Para apreciar completamente esta verdad, sostenida por nuestro punto de vista, deberá sentir intensamente la infamia de nuestros males sociales; entonces, cuando se sepa latir con la pena, el dolor y la desesperación que soportan millones de criaturas, esta nuestra verdad les aparecerá clara y luminosa. Solamente al integrarnos a la humanidad, encarnándonos en su esencia, comprenderemos ligeramente la justa indignación que va acumulándose en el alma

humana, haciendo surgir la quemante pasión que se convertirá en la inevitable tempestad, lanzando la centella que ultima y raja.

La masa ignorante considera al que comete un acto de violencia contra nuestras iniquidades económicas y sociales, como si fuese una bestia salvaje, un cruel y despiadado monstruo, cuya alegría consiste en destruir la vida y bañarla en sangre; o, en la mejor suposición, le tratará como a un irresponsable y un demente. Nada más lejos de la realidad. Los que tuvieron ocasión de estudiar la personalidad moral de esos hombres, o los que estuvieron en contacto con ellos, convienen en su hipersensibilidad para reaccionar contra la injusticia que los rodea, impeliéndoles a pagar con su existencia los crímenes sociales que cometen. Los más notorios escritores y muchos poetas, al discutirse la psicología de los delincuentes políticos, les rindieron el tributo más alto. ¿Puede resumirse que todas esas personas aconsejaban la violencia o siquiera la aprobaban? Ciertamente que no. No era más que la actitud del estudioso, del hombre que, tras de esos fenómenos de violencia, percibía su causa vital.

Bjornsterne Bjornson, en la segunda parte de *Beyond Human Power* (Más allá del poder humano), hace resaltar el hecho de que entre los anarquistas debemos buscar a los modernos mártires, quienes ofrecen en holocausto sus vidas en defensa de su fé y tendrán por bienvenida la muerte que recibirán con la sonrisa en los labios, porque ellos creen, como Jesús, que sus martirios redimirán a la humanidad.

Francois Coppée, el poeta y dramaturgo francés, se expresaba en estos términos acerca de la psicología del criminal político:

"Leyendo los detalles de la ejecución de Vaillant, me quedé pensativo. Me lo imaginaba mostrando su pecho bajo las cuerdas, marchando con firme paso en toda la exasperación de su voluntad, concentrando todas sus energías y con los ojos fijos en la cuchilla de la guillotina, lanzar, el grito de maldición a esta sociedad. Y, a pesar mío, en mi mente emergió otro espectáculo. Contemplé un grupo de hombres y mujeres apretujándose unos contra otros, en medio de la oblonga arena, bajo la mirada de miles de ojos, mientras que de las gradas del vasto anfiteatro partía un grito *Ad leones* y, abajo, las jaulas abiertas, dejando en libertad a los leones.

"No quise creer que la pena capital le fuese aplicada a Vaillant. Primero porque no hubo ningún muerto en el atentado y, luego, porque hacía tiempo que no se acostumbraba aplicar la pena de muerte en un crimen frustrado. Después de todo, este crimen, muy terrible en su intención, respondía a un móvil desinteresado nacido de una abstracción muy bella. Su pasado, su niñez vivida en completo desamparo, su existencia de duras privaciones, hablaban mucho en su favor. La prensa independiente y voces generosas le defendieron con mucha elocuencia. Se ha objetado con cierta burla: "Sólo se trata de una corriente de opiniones literarias".

"Es un honor para el país que los artistas e intelectuales hayan expresado su formal protesta contra la pena de muerte".

También Zola, en *Germinál* y en *París*, describe la ternura y bondad y la profunda simpatía que sienten esos hombres por los sufrimientos humanos, quienes clausuran el capítulo de sus vidas con un estallido de violencia contra un sistema de ignominias.

El intelectual que penetra mejor la psicología del criminal político es A. Hamon, quien arriba a las siguientes conclusiones:

"El método positivo, asistido por el racional, nos habilita para establecer un tipo ideal del anarquista, cuya mentalidad no es más que un agregado de características psíquicas comunes. Todo anarquista, sin embargo, comparte este tipo ideal que lo diferencia suficientemente de los otros hombres. Ese tipo medio puede, entonces, definirse así: un hombre que se distingue por un espíritu rebelde, que se manifiesta bajo diversos y múltiples aspectos — oposición, investigación, libre examen, gran poder crítico, innovación — aunado a un ferviente y firme amor hacia la libertad. Esos rasgos pueden completarse con un gran cariño hacia sus semejantes, una aguda sensibilidad moral, un profundo sentimiento de justicia, impregnado todo ello de un gran desarrollo de celo proletario".

Además, puede agregarse a dichas características, las cualidades que enumera Alvin F. Sanborn: "tienen un raro amor a los animales, una sorprendente dulcedumbre en las relaciones ordinarias de la vida, excepcional sobriedad en sus costumbres, frugalidad, austeridad y un coraje incomparable". (*París and the sozial revolution*).

"No deja de ser una fobia muy marcada en el hombre de la calle — el hombre del nivel común — quien se olvida, al maltratar a un anarquista o a cualquier otro miembro de un partido que ocasionalmente resulta ser su *bestia negra*, la causa fundamental que dió origen a tal o cual hecho de violencia contra lo estatuido. Lo indispensable es que esa racha homicida, emergida siempre de las capas inferiores de la sociedad, remóntase a los tiempos más remotos y entraña la réplica más desesperada de las clases explo-

tadas, humilladas y ofendidas, o de los individuos ofendidos y humillados, que sienten el aguijón intolerable del mal ajeno como si fuera propio. Semejantes actos resumen en sí toda la violencia que se refracta de los desmanes agresivos y represivos; es la lucha exasperada de la naturaleza humana por un poco más de luz y de aire. Y la causa de todo ello no está en la convicción de una determinada doctrina, sino que se arraiga en lo más profundo de esa misma naturaleza de la criatura humana. Todo el curso de la historia política y social del mundo se escalona con la evidencia de esos hechos. Sin ir más lejos tomemos, por ejemplo, los tres casos más notorios de partidos políticos que en los últimos cincuenta años se vieron obligados a recurrir a la violencia: los mazzinianos, en Italia, los separatistas fenianos de Irlanda y los rusos socialdemócratas o constitucionales. Todos fueron arrastrados por las más lacerantes circunstancias a la extrema revuelta. Y si estos ejemplos los aplicamos a los individuos que hubieron de actuar en la misma forma, nos infundirá espanto al comprobar que un número muy grande de seres fué acerbamente acuciado por la angustia y una inenarrable desesperación a obrar violentamente, en doloroso des acuerdo con sus instintos sociales.

Ahora que el anarquismo llegó a ser una levadura, una fuerza viva para la sociedad, estas hazañas han podido cometerse a veces por anarquistas, como también por otros. Toda nueva fe, toda nueva creencia moral, aun la más pacífica y la más humanitaria que la mente humana acepte, al venir a este mundo no viene trayendo la paz, sino que trajo una espada en la mano; no por ser violenta, o una doctrina antisocial, sino porque todo fermento de una idea nueva y creadora, excita la mentalidad de los seres en un movimiento de aceptación o repulsa. Y la concepción del anarquismo que, por un lado, amenaza vastos intereses legalmente consagrados y, por el otro, ofrece una vida de libertad y de nobleza que ha de alcanzarse mediante una lucha encarnizada contra los males existentes, no pudo menos de levantar la furiosa oposición que trajo todas las fuerzas represivas, de un régimen moral atávico, en violento choque con el tumultuoso irrumpir de una nueva esperanza.

Bajo condiciones miserables, cualquier visión que deje entrever un ligero mejoramiento, hace insoponible la presente miseria e impulsa a los que sufren a emprender una enérgica lucha para mejorar su situación, — y esas luchas son los efectos inmediatos de una apremiante pobreza y su consecuencia la desesperación. Tomemos, por ejemplo, en la presente sociedad, a un obrero que alcance a vislumbrar lo que debería ser realmente la vida; hallará absolutamente intolerable su tediosa y sórdida existencia; y aun cuando se decida a continuar sobrellevando lo mejor posible su vida de trabajo en la espera que las nuevas ideas transformen la sociedad bastará que intente propagar sus principios para ser mal visto de los patrones y encontrarse en la calle un buen día. Cuantos miles de socialistas, y mucho más los anarquistas, perdieron su trabajo y hasta la posibilidad de volver a encontrarlo nunca, sólo a causa de sus opiniones. Solamente los artesanos muy diestros en su oficio y que siguen siendo propagandistas entusiastas, pueden abrigar la esperanza de conservar siempre su trabajo. ¿Y qué sucede con un hombre cuyo cerebro fermenta bajo el influjo de nuevas ideas, que ante sí tiene una visión y la esperanza de un nuevo amanecer para esos hombres que agonizan en el trabajo, que saben que los sufrimientos de sus herma-

nos en miseria no son causados por la cruel fatalidad, sino por la injusticia de otros semejantes suyos, — qué puede sucederle a ese hombre cuando los suyos, él mismo, perecen de hambre? Algunas naturalezas en ese trance, aun las menos sensitivas, se volverán violentas y sabrán que su violencia es humana, no antihumana, y cuando pueden estallar, golpear, no lo hacen tanto por ellos sino por la naturaleza humana despojada y ultrajada en sus personas y en sus hermanos de dolor. ¿Y quiénes somos nosotros, nosotros que no nos hallamos bajo el dominio terrible de esas circunstancias, para erigirnos en jueces y condenar friamente esas lastimeras víctimas de las Furias y de la Fatalidad? ¿Cómo podemos imprecicar y tratar de bandidos a esos que obraron con heroísmo en un entero sacrificio de sus vidas en son de protesta, cuando una multitud de otros seres, menos fuertes, más débiles de voluntad y sentimientos yacen en una sumisión abyecta bajo el mal y la injusticia? ¿Deberemos también nosotros unirnos a la brutal e ignorante gritería que intenta estigmatizar a esos hombres como unos monstruos de maldad que gratuitamente siembran la devastación y la muerte en una armoniosa, pacífica e inocente sociedad? ¡No! Odiamos el asesinato con un odio que le parecerá absurdo a los apologistas de las masacres guerreras y a los encallecidos que consienten se ahorque y se bombardee; pero en este caso de homicidio o de frustrados homicidios, renunciamos a hacernos culpables de la cruel injusticia de atribuir la completa responsabilidad de esas hazañas al inmediato ejecutor. La culpa recae sobre cada hombre y mujer, quienes intencionalmente, por pasiva indiferencia, coadyuvan a perpetrar las condiciones humanas que conducen a la desesperación a los seres humanos. El hombre que con sumo desinterés arroja el bien más precioso, su vida entera, para protestar contra los males que aquejan a sus hermanos es un santo si se le compara con el activo y el pasivo de los sostenedores de la crueldad y de la injusticia actual, aun si acontece que éste, además de su vida, pudo destruir otras. Digamos al que se halle limpio de pecados que arroje la primera piedra". (De un folleto publicado por el grupo *Freedom* de Londres).

El hecho que todo atentado político se quiera atribuir a los anarquistas, es algo que no debe sorprendernos. Quienes se hallan familiarizados con el movimiento anarquista, saben demasiado que son numerosos los actos violentos que tuvieron que pagar los anarquistas, siendo, en cambio, originados por la prensa capitalista o directamente ejecutados por la policía.

En España fueron muchos los hechos de terrorismo achacados a los anarquistas, por los cuales se les persiguió como a bestias salvajes, encarcelando a infinidad de ellos. Luego se pudo descubrir que los ejecutores materiales de esos atentados no eran anarquistas, sino los mismos miembros del Departamento de Policía. El escándalo tomó tales proporciones que la prensa conservadora de España, pidió la prisión y el castigo del jefe de la banda, Juan Rull, quien fué condenado a la pena capital. Durante la celebración de este proceso las pruebas fueron tan evidentes que el inspector de policía Momeno se vió obligado a dejar en libertad a los anarquistas, declarándolos inocentes de los actos cometidos durante ese largo período. De todo esto resultó la destitución de varios altos empleados de policía y entre ellos el inspector Tressola, quien, por venganza, hizo público que detrás de los instru-

mentos policiales arrojadores de bombas había personas de posición encumbrada, las que les proporcionaban recursos y protección.

Es este uno de los ejemplos más llamativos de cómo se manufacturan las conspiraciones anarquistas.

La policía norteamericana podría apropiarse los mismos casos con mucha facilidad ya que ella es tan despiadada, tan brutal y malvada como sus colegas europeos, como pudo demostrarlo en más de una ocasión. Sólo necesitamos recordar la fecha histórica del 11 de noviembre de 1887, tragedia conocida por los disturbios sangrientos de Haymarket.

La imparcial investigación realizada por el gobernador Altgeld, sobre los manejos de un bloque de capitalistas de un juego poco limpio, determinó las palabras de brutal franqueza del juez Gary. Y fué esto lo que indujo a condonar la pena de los tres anarquistas condenados, atrayendo así la estima de los hombres y las mujeres amantes de la libertad y la justicia.

Al acercarnos a la tragedia del 6 de septiembre de 1901, nos encontramos ante uno de los ejemplos más evidentes de cómo las teorías sociales son poco responsables por cualquier atentado político. Se ha dicho: "León Czolsgoz, el anarquista, fué incitado por Emma Goldman para cometer ese acto". No hay duda que ella, habiendo sido propensa a la violencia y contagiado a otros con sus ideas, seguirá hasta después de muerta obrando de la misma manera. Todo es posible con un anarquista.

Hoy, nueve años después de la tragedia, habiéndose comprobado ya ciento y pico de veces que Emma Goldman nada tuvo que ver con ese acontecimiento, sin que existiera la menor prueba de que Czolsgoz se llamara a sí mismo anarquista, nos hallamos frente a la misma mentira fabricada por la policía y propalada por la prensa. No hubo nadie que escuchara de Czolsgoz esa declaración, ni una palabra escrita comprobando que ese muchacho murmurara esa acusación. Nada más que una incommensurable ignorancia y la vesánica histeria que se



ciega y es incapaz de resolver el más simple problema en su causa y efecto.

¡El presidente de una república libre asesinado! ¡Cuál pudo ser la causa, sino que el que cometió el atentado era un demente y necesitó que alguien le indujera a cometer semejante acción!

¡Una república libre! ¡Qué mito este que sigue manteniéndose, engañando, cegando aún a los relativamente inteligentes con sus monstruosos absurdos! ¡Una república libre! Y así es que en el pequeño espacio de treinta años una reducida banda de parásitos fué robando todo al pueblo norteamericano, escamoteándole los principios fundamentales establecidos por los fundadores de la nacionalidad, que aseguraban a todo hombre, mujer y niño, "la vida, la libertad y la consecución de su prosperidad y bienestar". Por treinta años, ellos, esos parásitos, aumentaron sus fortunas y su poder a expensas de las vastas masas de los trabajadores acrecentando también el ejército de los desocupados, de los hambrientos, de los sin techo, la porción desamparada de la humanidad que vagabundea del este al oeste, de norte a sur, buscando vanamente un trabajo cualquiera.

Durante muchos años el hogar quedó al cuidado de los pequeñuelos mientras que los padres se agotaban física y moralmente en un trabajo que sólo les alcanzaba para comer. Durante treinta años los robustos hijos de esta tierra fueron sacrificados en los campos de la guerra industrial, mientras que las hijas eran ultrajadas y corrompidas en los talleres y fábricas. Durante largos y angustiosos años todos estos procedimientos que van minando la salud y el vigor de la nación fueron perpetrándose sin que los desheredados y los oprimidos formularan sus protestas, y así por el estilo. Enloquecida por el éxito y la victoria, la plutocracia de esta nuestra tierra libre, se ha vuelto más adudaz en su dureza de corazón y emprende crueles esfuerzos para competir con las podridas y decaídas tiranías de Europa, con el objeto de arrancarle una ilusoria hegemonía mundial.

En vano la prensa servil presentó a Czolgosz como extranjero. El muchacho era producto del suelo, que lo acunó cuando dormía.

My country, 'tis of thee
Sweet land of liberty. (1)

¿Quién podría decir cuántas veces este niño norteamericano festejó la celebración del 14 de julio o el día de la independencia, cuando fielmente cumplía con las efemérides y hechos históricos de esta nación? ¿Quién ha de saber si él también se ofreció espontáneamente para "luchar por su patria y morir por su libertad", hasta que se aclaró su concepto de que los desheredados no tenían patria, porque se les robaba todo lo que producían; hasta que pudo comprender que la libertad e independencia de sus sueños de mocedad no eran más que una triste farsa? Pobre León Czolgosz, tu único crimen consistió en tu delicada sensibilidad y en tu profunda conciencia de la solidaridad social. Al contrario de tus hermanos, carentes de ideas y exentos de un órgano pensante, tu ideal se hallaba muy por encima de la panza y de la libreta de cheques. No te asombres que hayas producido una impresión tan profunda en el único ser humano entre la enfurecida plebeya turba que presenciaba tu proceso — una mu-

jer periodista — que te vió como un visionario, ajeno totalmente a lo que pasaba alrededor tuyo. Tus grandes y soñadores ojos parecían tener prendidos un nuevo y glorioso amanecer.

Ahora demos noticia de una reciente conspiración anarquista fraguada por la policía. En la ciudad de Chicago un joven de nombre Averbuch atentó contra la vida del jefe de policía, un tal Shippy. Inmediatamente se elevó un grito, para comunicarlo a los cuatro rincones del mundo, que Averbuch era anarquista y que los anarquistas debían ser los responsables de este hecho. Todos los que sustentaban ideas libertarias fueron espiados, a un buen número se les encarceló, las bibliotecas de los centros anarquistas fueron confiscadas o devastadas, prohibiéndose el derecho de reunión. No es necesario que diga, que lo mismo que otras veces, se me reputó responsable de lo acaecido. Evidentemente, la policía norteamericana me confiere poderes ocultos que nunca he poseído. No conocía a Averbuch; en efecto, nunca oí su nombre y lo único que quizás pudo hacer fué conspirar con su alma astral. Pero la policía no se halla en buenos términos con la lógica y la justicia. Lo que busca es enmascarar su ignorancia sobre la causa psicológica del atentado político. ¿Era anarquista Averbuch? No hay ninguna prueba que lo afirme. Se hallaba en el país desde hacía unos tres meses, no conocía el idioma y, en lo que puedo aseverar, era completamente desconocido por los anarquistas de Chicago.

¿Qué le indujo a cometer ese acto? Averbuch pudo ser muy bien un joven inmigrante ruso, quien indudablemente había puesto su fe en la libertad mítica de Norteamérica. Recibió su primer bautismo por el garrote del policeman, al dispersar brutalmente el estacionamiento de los desocupados. Después hubo de experimentar prácticamente la igualdad económica al no poder encontrar un amo que lo explotara. Breve, en tres meses de permanencia en esta gloriosa tierra, se enfrentó con el hecho de que los desheredados se hallan en la misma posición por todo el mundo. En su tierra natal, tal vez aprendió que la necesidad no reconoce ley, y que no había diferencia entre el policía ruso y el yanqui.

El estudioso inteligente de los fenómenos sociales no se detendrá a desentrañar si los actos de Averbuch o de Czolgosz son o no prácticos, como no puede serlo el trueno o el rayo. Lo que inevitablemente les impresionará hondamente será el comprobar los efectos que ejercen en el sentimiento y en el pensar de una mujer o un hombre la visión de una brutal paliza propinada a inocentes víctimas de una república libre, o la lucha económica que extenua, degrada el alma y el cuerpo; lo que proporcionará la chispa incendiaria, haciendo deflagrar las dinámicas fuerzas que sobrecargan los espíritus apasionados de un Czolgosz o un Averbuch. Para nada cuentan las persecuciones, las represiones y la caza salvaje para detener estos fenómenos sociales.

Pero se nos preguntará: ¿Los anarquistas no desean reconocer que ellos cometen actos de violencia? Ciertamente que sí, y siempre están dispuestos a asumir la responsabilidad que les atañe. Mi argumento es que aquellos que cometen atentados no fueron inducidos por las enseñanzas anarquistas, sino que obraron bajo la tremenda presión de las circunstancias que hacían insostenible el vivir de esas naturalezas tan sensitivas. Es obvio que el anarquismo, como toda otra teoría social, al convertir al hombre en una individualidad consciente, es desde ya

un fermento de rebelión. Esto no es una aseveración gratuita, sino un hecho comprobado en la experiencia diaria. Un examen detenido sobre las proyecciones de estas circunstancias habrá de aclarar mi tesis.

Empecemos por examinar los actos anarquistas de más importancia que acaecieron entre estas dos décadas. No deja de ser extraño que los más significativos hechos políticos sucedieron aquí, en Norteamérica, en conexión con la huelga de Homestead de 1892.

Durante esa memorable época, *La Carnegie Steel Company* organizó un plan para quebrantar las asociaciones obreras, o sea la *Amalgamated Association of Iron and Steel Workers*. Henry Clay Frick, gerente de esa compañía, fué encargado de llevar a cabo ese democrático trabajo. No perdió tiempo en realizar la tarea de disolver las uniones gremiales, táctica que empleó con éxito durante el período que reinó el terror en las regiones mineras. Secretamente y mientras prolongaba las proposiciones conciliatorias, Frick dirigió los preparativos militares, fortificando la *Homestead Steel Work*, con la erección de una pared de defensa, provista de alambres de púa y troneras para introducir los fusiles. Entonces, bien adentrada la noche, intentó hacer penetrar sus escuadras de esbirros alquilados en Homestead — o

sea las casas que la compañía les da a sus obreros — maniobra que en seguida precipitó la matanza de los trabajadores. Aun no contento con la muerte de once de ellos, Henry Clay Frick, buen cristiano y libre ciudadano de Norte América, procedió al desalojo violento de las indefensas viudas y huérfanos de las casas de la compañía.

El país entero ardió de indignación ante esos afrentosos hechos inhumanos. Centenares de voces se elevaron para protestar, para hacer desistir a Frick de esos abusos incalificables, para que no fuera más lejos. Sí; cientos de personas protestaron — protestaron con el mismo gesto con que se desea espantar un emjambre de moscas muy molestas. — Uno solo se irguió para contestar en forma más directa, más contundente: Alejandro Berkman. Sí; es anarquista. El dió resonancia a ese hecho, porque era la única que podía significar el desacuerdo que existía entre sus ansias espirituales de una idealidad superior y de un mundo imposibilitado para el bien. Asimismo, no fué la anarquía en sí, la que lo hizo obrar; la causa estuvo en la brutal masacre de los once obreros; eso urgía para que Alejandro Berkman atentara contra la vida de Henry Clay Frick.



Un aspecto del cortejo fúnebre que acompañó los restos de Luisa Lallana al cementerio

(1) Este país es tuyo, oh dulce tierra de la libertad.

PIERRE RAMUS

El instinto natural de trabajo en el hombre

Una de las dificultades más grandes e insuperables del comunismo anárquico sería la siguiente: que el hombre necesita el aguijón de la necesidad y de la violencia para trabajar y sentir la alegría del trabajo — si esa afirmación se apoyara en la verdad. Todos los que hablan así, juzgan al hombre según las condiciones externas actuales del trabajo, que son de tal suerte que sin la necesidad opresiva las masas del pueblo ciertamente apenas trabajarían como lo hacen; y esto con justa razón.

Pero esto no quiere decir de ningún modo que bajo otras condiciones no trabajarían. Es indudable que si el hombre no poseyera dentro de sí algo que lo excita al gasto de energía, de actividad, de movimiento, ningún poder del mundo estaría en situación de obligar a los millones de hombres que trabajan a una labor ordenada, regulada y socialmente correlativa.

Pero se olvida que el problema del placer del trabajo en el hombre es siempre falsamente considerado y apreciado a la luz de las condiciones actuales. Hoy el hombre no tiene en la inmensa mayoría de los casos ninguna libertad en la elección y determinación de su oficio. En lugar de estudiar hasta la completa posesión de sus fuerzas intelectuales, en lugar de examinarse, de entregarse a estudios prácticos e intelectuales para poder recoger experiencias, para sentir por medio de viajes y observaciones hacia qué oficio, hacia qué actividad se siente uno más atraído de acuerdo a las propias disposiciones; a fin de resolver tan sólo entonces dedicarse a un oficio, en el sistema actual todo está dispuesto de manera que el hombre es llevado lo más temprano e inmediatamente posible a la lucha por la existencia, sin esperar su madurez de juicio y su autodeterminación. El oficio a que un niño de 14, 16 o de 20 años es empujado para toda la vida depende la mayoría de las veces de una serie entera de circunstancias del azar. Aquí desempeñan un papel determinante la razón y las doctrinas de los padres, sus posibilidades económicas, su situación social, sus relaciones. Finalmente también la casualidad externa del puesto *vacante* en que el joven ser humano puede ser colocado.

* * *

Por eso la mayoría de los hombres, cuando llegan a la madurez espiritual y a la circunspección que los capacitan para darse cuenta de lo que hacen, miran con disgusto su oficio. Han sido dedicados años irreparablemente preciosos al aprendizaje de un oficio, a la familiarización con un negocio, y como después reconocen, esas actividades no armonizan con su carácter, con sus aspiraciones y con sus intereses intelectuales, pero ya no les queda la posibilidad de retroceder. Un carpintero de veinte años no puede entrar de aprendiz en una cerrajería, aunque le interese mucho ese oficio. Un joven agró-

no no puede hacerse ingeniero, ni el limpiamáquinas químico. Las exigencias de la vida imposibilitan eso; sólo raramente permiten, bajo condiciones excepcionalmente favorables, el cambio de oficio. De ordinario el hombre se ve obligado a arrastrar y soportar hasta el fin de su vida el yugo del oficio que adoptó en una ocasión y que le fué impuesto de una manera violenta. Esto exige la lucha furiosa por la existencia a que están sometidos la mayor parte de los hombres.

Es pues natural que la mayoría de los hombres no tengan ninguna alegría en el trabajo, ninguna aplicación y ninguna capacidad de iniciativa. Odian su labor, procuran libertarse de ella y como no hay para ellos posibilidad de ocupación, se entregan al ocio tan pronto como se les ofrece la ocasión. Se debe conceder que este es un mal muy difundido. No quiere decir que las masas laboriosas no trabajen pesadamente, trabajan demasiado. Pero no puede negarse que en sus horas libres se entregan generalmente a una vida absurda. La bebida, brutales pasatiempos, la taberna, las conversaciones vulgares, las noches de francachela... todo esto se da en el proletariado en mayor escala que en los círculos burgueses y aristocráticos. Sólo que obedece a otra causa que la supuesta comúnmente.

En la inmensa mayoría de los casos el disgusto por el trabajo y la tendencia a la ociosidad tiene en el ser humano el siguiente origen: Primeramente surgen esos dos factores de la falta casi absoluta de interés del hombre frente a la moderna producción capitalista. En ese proceso de producción él no desempeña el papel de creador consciente y de productor autónomo; es una especie de materia prima, no mucho más, sino seguramente mucho menos precisa que la máquina por él manejada. El proceso de la producción le es ya por sí una cosa automáticamente indiferente, y mucho más en el terreno de la labor a que está forzado. El salario sólo puede vencer estos motivos predominante en un grado mínimo. Siempre resulta que el círculo de la producción en que trabaja el hombre moderno no es elegido por él, antes bien es un dominio en donde debe permanecer aprisionado toda su vida; siempre resulta que la ventaja de su aprisionamiento no es para el productor mismo, sino que el favorecido es el propietario monopolista y explotador, a cuyos intereses de explotación deben estar sometidos en el mundo actual todos los trabajadores. Aun allí donde la jornada de trabajo no es excesivamente larga, es larga sin embargo si se tiene en cuenta la monotonía del proceso productivo, como también el que los obreros deben mantener y pasar de ese modo toda su vida. El trabajo del hombre moderno, lo mismo si es intelectual o manual, carece justamente de aquello que debía caracterizar a los trabajadores: su valorización especial para el pro-

ductor mismo y la libertad y la independencia de una actividad creadora.

Estas importantes insuficiencias originan en el hombre un disgusto hacia el trabajo por ellos realizado, de ninguna manera hacia el *trabajo* como tal. Pero dado que los inconvenientes mencionados más arriba son de naturaleza bastante general, es decir también bastante general sus reacciones, el disgusto y el descorazonamiento frente al trabajo y la tendencia a la ociosidad, pudo desarrollarse aquel error cómico que ve en el ser humano una criatura que se considera en el más feliz de los mundos en la absoluta inactividad, es decir en la haraganería.

Esta concepción desconoce el problema. Se trata en los hombres actuales solo de un disgusto hacia su trabajo, no hacia el trabajo en sí. Su inclinación a la inactividad ociosa arraiga en la gran iniquidad social de que es víctima el individuo. Este fué educado unilateralmente como para que conozca un solo oficio. El individuo no puede permitirse una pausa en el mismo, pues a causa de la unilateralidad de su educación profesional no está en situación de desarrollar en el intervalo su actividad en otra labor. Una labor racional o de otra naturaleza le está excluido al hombre del término medio en las pausas voluntarias o involuntarias que se producen en su trabajo. Realmente no le queda otro recurso que *matar* el tiempo, como se dice vulgarmente, o sea continuar haciendo lo que hace.

* * *

Que no existe algo así como la pereza como instinto inherente al hombre, se demuestra por un estudio psico-fisiológico más profundo de las cualidades humanas orgánico-intelectuales.

En el niño se manifiesta desde temprana edad sin ninguna especie de adiestramiento el llamado instinto de juego. Este es el primer desenvolvimiento del impulso creador en el individuo, un impulso cuyo cultivo racional es desgraciadamente poco comprendido y trabajado. Se deduce que el niño no es movido en sus juegos por el mero afán de manipular y distraerse, los impulsos naturales del juego, sino también por una temprana comprensión de utilidad y de finalidad. Es mucho más posible despertar desde temprano en un niño así educado el juego y el trabajo asociados a intereses comprensibles.

Mientras basta ya una excitación dada por la educación actual para desarrollar el instinto de juego de tal manera, bajo un influjo en cierto modo más racional se hará en los niños más desarrollados casi instinto declarado de trabajo.

Los juegos son las primeras manifestaciones del instinto de trabajo, los objetivos en la acción son manifestaciones más elevadas y desarrolladas. Ambas etapas tienen en la naturaleza del hombre sus raíces y por consiguiente no existe algo como la pereza en las propiedades orgánicas de la especie humana.

Cuanto más elevada es la base cultural del individuo, menos imaginable es la pereza en él. El impulso hacia la actividad es en el hombre, tan fuerte su reacción contra todas las influencias externas es tan continua que llena un espacio importante en el plano de su naturaleza total; en general, primero, la lucha por la existencia, que hace comprensible y concebible la lucha del hombre contra las resistencias de la naturaleza. Se debe haber observado con cuanto placer y voluntad se entregan los presos, — ya estén aislados o en comunidad — a una labor a menudo muy inferior y dificultosa, solo para poder responder al instinto de trabajo. Se debe saber qué horrible

tortura es para un preso, por ejemplo, la privación de toda posibilidad de ocupación y de trabajo; se deben conocer estos y otros cien ejemplos para calcular lo absurdo que es el temor de que los hombres no quieran trabajar en una sociedad libre.

Sin embargo hay que examinar aquí otra objeción. Podría argumentarse que el trabajo en sí no significa aun nada, que sus distintas formas no son de igual valor y que por ejemplo un trabajo inútil al que se dedicaran muchos hombres no es un trabajo tendiente al bienestar común. De este modo se sostiene que únicamente ciertas actividades son de valor, en tanto que otras, bien sea fáciles o difíciles, carecen de valor, cuando no son absolutamente inútiles. Pero ¿eligiría la mayor parte de los hombres el último "trabajo"?

El trabajo, en el sentido real del concepto, cuando no obra solo destructivamente, es siempre precioso; lo es para el individuo y no lo es menos para la comunidad, porque este, mediante la espontaneidad del trabajo en una situación libre, es librada igualmente de toda opresiva inquietud si son satisfechas, según la propia voluntad, las necesidades múltiples del individuo por su labor y en su beneficio propio. En la sociedad capitalista las cosas están de tal manera que un trabajo que no posee valor en el mercado es considerado inútil. Pero esta filosofía de los mercaderes y del comercialismo mammonista sería un contrastado en una sociedad racional, o sea comunista anárquica.

Tal sociedad sabría que el capricho especial del productor, elaborado mediante el gasto particular de energía de trabajo, está también en proporción directa con un aumento de la riqueza general. Todo trabajo es, pues, un germen del que deben nacer flores y semillas. No es fácil imaginar que un trabajo tal *aparentemente inútil* pueda relacionarse con las necesidades cotidianas del hombre, que gracias a los conocimientos profesionales y a la experiencia están bastantes firmes y cuyo progreso será también aplicado. En la mayoría de los casos se podría tratar, en uno de esos trabajos estigmatizados como inútiles, de una pretensión intelectual o artística más elevada, y detener su curso sería un vandalismo contra la evolución natural e ilimitada que impera. Sean sagrados los sentidos y aspiraciones del espíritu humano! Y a cada uno le deben ser garantizadas sus actividades en completa independencia. Si tal trabajo *inútil* es realmente inútil no hallará luego eco alguno en los otros hombres y su creador mismo llegará a comprender sus inútiles esfuerzos y los suspenderá. Pero si es práctico y tiene un objetivo, es decir si es realmente precioso, será rápidamente reconocido por los demás. Del trabajo inútil nace así un beneficio de naturaleza para todos.

Es una suposición sin fundamento la de que los hombres preferirán los trabajos inútiles, lo mismo si son de significación que si son insignificantes, a los eminentemente prácticos e indispensablemente necesarios, que no ejecutaran estos o los descuidarían a cambio de aquellos.

Como se sabe, no hay una elevada labor espiritual sin un cierto grado de seguridad material y de garantía para la vida. Pero como en el individuo, también se refiere esto a la comunidad, a la colectividad. Esta se acortaría tan sensiblemente hasta en sus necesidades primarias vitales que muy pronto se abrirían los ojos y se cambiaría de táctica, si los individuos tomados en conjunto, quisieran todos dedicarse a fan-

tasmagorias improductivas, esto es a expensas de las actividades indispensablemente necesarias a la vida.

Todo individuo tendría así la posibilidad de vencerse muy pronto de la perjudicial insensatez de su acción por la consecución de tales métodos insensatos — donde podía producir indudablemente para sí antes y después, de un modo irracional — a aquellos que de una manera tan flagrante atentan contra el equilibrio del bien común: mientras todos los demás trabajarían para el bien común solo tanto o menos de lo que lo hacen las personas que derrochan el tiempo inútilmente, trabajarían sin embargo para sí según las necesidades individuales y el conocimiento conveniente. Por la primera acción la comuna caería tan pronto en decadencia que aquellos que desperdiciaron el tiempo en inútiles fantasías y no crearon nada para la comunidad, por la que no obstante serían alimentados usufructuariamente, sentirían pronto en carne propia que desatendieron el más alto deber del individuo ante sí mismo, al despreñar su deber frente a la comunidad.

Sobre todo téngase presente una cosa: esto ayudará bastante fácilmente a comprender las dificultades de la representación mental de una situación social libertaria del trabajo, que se imaginan con bastante dificultad los hombres, actuales, esclavizados por los movimientos esclavos y las instituciones de violencia: ¿por qué ser tan ilógicos para suponer que los hombres, que no pueden conseguir hoy, en su inmensa mayoría, en el pesado trabajo ni la posesión de sus propios productos ni una vida libre de inquietudes, — por qué ser tan ilógicos para suponer que mañana esos hombres, en una sociedad organizada según sus propios pensamientos y en la que su bienestar material personal dependerá exclusivamente de su buena voluntad de trabajo durante una corta jornada, en beneficio propio, — que esos hombres se volverán después repentinamente perezosos y no querrán trabajar?

El pijo piensa según su modo de ser. Y ordinariamente son los más grandes perezosos y haraganes de nuestro tiempo los que se forman tales ideas sobre sus semejantes laboriosos, y mientras estos trabajan sin objetivo, como esclavos, para ellos, ven en esas ideas una justificación de la situación actual en donde el hombre, enriquecido mediante la explotación y a expensas de los demás, puede haraganear todo lo que quiera y no obstante, gracias a los intereses y a los intereses de los intereses, por el aumento de las rentas de los productos elaborados por las fuerzas asalariadas del trabajo, se enriquecerán más y más, — a pesar de la haraganería.

Indudablemente esto será imposible en una sociedad comunista anarquista. Su bienestar individual y colectivo dependerá de la labor del individuo, moderada, pero sin embargo indispensablemente necesaria. ¿Es realmente imaginable que los hombres deban moverse en el reino de la libertad contra sus más particulares intereses, mientras que en la esclavitud se esfuerzan voluntariamente en beneficio de los intereses de los esclavizadores? Suponer eso de una sociedad que llegó por la soberanía de su propia voluntad a la liberación — solo así pueden llegar los hombres a la libertad — es una insolencia y una pésima apreciación del hombre. No puedo aceptar una suposición semejante, está en contradicción con mi razón, con mi mejor conocimiento.

Colocados en un terreno, en el que los intereses del individuo y del bienestar común se asocian tanto más felizmente cuanto más se estimule a desarrollarse el instinto natural de trabajo en el hombre, — una situación tal de la libertad significa la extirpación de toda pereza y del trabajo socialmente dañoso, justamente por la dicha de que el trabajo libre es capaz y que proporciona a los hombres libres. Como el trabajo del hombre libre le favorece con una producción más rica y con un ocio mayor al mismo tiempo, nace en ellos la fuerza del estímulo y la alegría del trabajo.

LUIS FABBRI

EL INDIVIDUALISMO EN EL ANARQUISMO

II

Mientras las diferencias de orientación filosófica y aquellas que se refieren al más lejano porvenir, entre comunismo e individualismo en el anarquismo, no podrían en rigor impedir una constante y eficaz colaboración revolucionaria de los anarquistas de las diversas tendencias, la disidencia más arriba señalada de índole práctica tiene un carácter más grave y difícilmente superable.

Es verdad que hay excepciones, de individualistas con los cuales ha sido posible — me refiero aquí al ambiente anarquista italiano, mientras en Italia fué posible desarrollar alguna actividad abierta y pública —, colaborar en iniciativas sobre vasta escala, sea de carácter periodístico, sea de índole prácticamente revolucionaria, sea incluso de organización en el terreno sindical. Pero se trata de excepciones enteramente personales. En general anarquistas comunistas organizadores, por un lado, y anarquistas individualistas, o simplemente antiorganizadores, por otro, han quedado siempre divididos. Y a mí me parece difícil hallar un terreno de trabajo en común — a menos que sea para alguna iniciativa aislada en el tiempo y en el espacio, o para alguna actividad de carácter secundario — entre los que quisieran proponerse todo un programa completo a desarrollar mediante la organización, y aquellos que niegan la utilidad de tal programa, lo repudian de todos los modos y se oponen con foga y celo digno de mejor causa a toda tentativa de organización, presentándola derechamente como antianárquica.

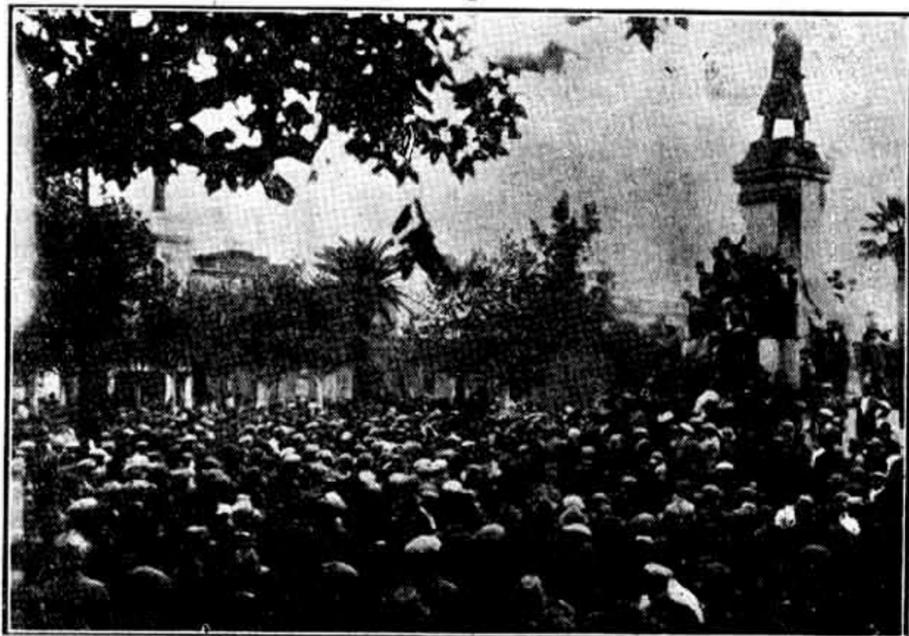
He dicho que a mí me parece difícil; pero nadie más que yo desearía ser desmentido por los hechos. A un acuerdo entre todos los anarquistas para una actividad verdaderamente revolucionaria y libertaria, yo no sería contrario, *a priori*. Pero por ahora no veo la posibilidad de ella, en el campo de la propaganda, donde no es posible sostener contemporáneamente tantas ideas que se contradicen mutuamente sobre las cuestiones más importantes y hasta sobre la interpretación que hay que dar al anarquismo, ni sobre el terreno de la acción práctica que los unos entienden de un modo y los otros de otro muy a menudo opuesto. En un momento decisivamente revolucionario, estoy convencido de esto, para una labor de batalla y de destrucción, los unos y los otros se encontrarán automáticamente de acuerdo. Pero esa eventualidad previsible no basta para hacerles quedar unidos en el período preparatorio, como tal vez no conseguiría unirlos, al día siguiente, para un trabajo general y completo de reconstrucción y de realización. Por lo demás, la misma experiencia actual del movimiento, con las polémicas frecuentemente furiosas que baten su pleno en una y en otra parte, nos expresa la imposibilidad práctica, o por lo menos la inmadurez de aquél "frente único anar-

quista" que algunos amigos y compañeros nuestros van auspiciando noble pero inútilmente de un tiempo a esta parte.

Las divergencias de ideas, sobre todo el contraste de los métodos, luego la diversidad de las mentalidades y estados de ánimo, las recíprocas prevenciones, etc., hacen sí, según mi opinión, que la cohabitación en la misma casa, o mejor, la confusión de los dos movimientos en uno solo, en lugar de servir a la buena armonía recíproca, no tenga por consecuencia más que la multiplicación de las ocasiones del contraste, y la exaltación de éste hasta neutralizarse unos a otros y reducirse a la impotencia en la lucha que sería más urgente contra el capitalismo y el Estado, y contra la reacción que nos amenaza a todos.

Queriendo aparecer a la fuerza concordes o discordes, por poca cosa, con los individualistas, me parece que se perpetuarían los equívocos que han constituido no ciertamente la única, sino indudablemente una de las razones, y no de las últimas, de la ineficiencia anarquista en el movimiento social, revolucionario y obrero de todos los países. Porque ahora no se trata ya de ver si en un tiempo más allá del porvenir el individuo hará lo que quiera y querrá lo que deberá, y otros acertijos del género; se trata de ver si, perdurando el sistema social actual, es posible un movimiento anarquista organizado, continuativo y coaligado para una acción común de lucha y de reivindicación; y si, desembocando la crisis actual en una revolución, es realizable un programa de reconstrucción sobre bases libertarias, para dar a la revolución una orientación anarquista o lo más anarquista posible. Ahora bien; toda la mentalidad individualista, desde la de los moralistas antisociales a la de los anarquistas antiorganizadores, es sorda y ciega ante estos problemas; no sólo no se interesa por ellos, sino que los reputa pasatiempos, una preocupación utópica, una desviación. Hubo algunos que al solo sentir hablar de "anarquismo realizador" se han sublevado como ante una blasfemia antianarquista.

Cuando nosotros nos planteamos el problema de la acción práctica a desarrollar desde ahora, sea para dar a la propaganda una orientación orgánica y coherente, sea para luchar eficazmente en el terreno revolucionario y de la acción directa contra la reacción que avanza, sea para prepararnos como anarquistas a desarrollar una influencia efectiva en la revolución y obrar y vivir en ella como fuerza autónoma, la primera necesidad que encontramos es la de organizar un trabajo continuativo y extenso según un programa determinado. Pero es propiamente aquí, en el primer paso, donde chocamos con la hostilidad de los anarquistas de tendencias diversas, que nos gritan: "¡No, nada de organización!" Por tanto, ¿qué hacer para trabajar juntos? Lo mejor,



Un aspecto del mitin celebrado el lunes 21 de mayo en Rosario por la Federación Obrera Local y con el cual llegó a su máxima expresión el conflicto portuario.

según mi manera de ver, es que los anarquistas ya de acuerdo en torno a un núcleo de ideas comunes, y sobre todo, sobre esta idea de la organización, y sobre los criterios prácticos para realizarla, no esperen a obrar, moverse y organizarse según tales criterios hasta el día que todos los que se dicen anarquistas estén persuadidos a unirse a ellos sobre lo que se debe hacer, sino que comiencen de inmediato ellos mismos a organizarse y a realizar a su modo todo aquello de práctico sobre lo que están de acuerdo, según el propio programa teórico y táctico, sin abstenerse de ello por un torpe temor a chocar con las susceptibilidades de los disidentes de las varias fracciones o tendencias más o menos individualistas.

Sobre la cuestión de la organización anarquista, la propaganda por el hecho es necesaria tanto y más que la afirmación teórica y la discusión. En la práctica la organización se hace organizándose y no limitándose a discutir y defenderla con palabras, — cosa que podría continuar hasta la consumación de los siglos sin resultados tangibles —. Resultados revolucionarios y libertarios se tendrán sólo cuando se hayan dado pasos notables por ese camino, probando y volviendo a probar, se haya logrado constituir una fuerza anarquista un poco homogénea y concorde para oponerla a las fuerzas organizadas de la burguesía estatal y de todos los otros movimientos autoritarios, — no por un fatuo espíritu de concurrencia, o peor aún, para llegar a pactos con ellos, sino para combatirlos, para sustraerse a su prepotencia y hegemonía, para salvar la próxima revolución de sus insidias y violencias autoritarias.

Los que están convencidos de la exactitud de este punto de vista, no deben, naturalmente, cansarse de defenderlo con la discusión y con la propaganda, pero sin que eso los distraiga de la labor de la realización práctica y les haga descuidarla. Hecho esto, e independientemente de ello, hay siempre manera además, de plantearse el problema de la posibilidad, a pesar de todo, de alguna cooperación para objetivos determinados, incluso con los otros anarquistas disidentes sobre la cuestión de la organización e individualistas. Eso será más probable y fácil cuando las respectivas posiciones estén bien aclaradas, y cada cual se sienta libre de ir por su camino, que no mientras dure la confusión de ideas y de métodos entre los unos y los otros, ocasión o pretexto de continuo litigio.

Ciertamente que lo que más importa entre los anarquistas de las diversas tendencias, es comprenderse recíprocamente, no subentenderse, vencer la recíproca incompreensión que a menudo separa más que las diferencias programáticas. También entre anarquistas divididos por disintimientos de principio y de método, si se está bien convencidos de la recíproca libertad de hacer cada cual a su modo sobre las cuestiones en contraste sin tener que maltratarse por eso a cada paso, o sin tener que sacrificar sobre el altar de una hipotética concordia (que entonces no sería ya concordia sino subordinación) los propios principios, una útil cooperación podría ser posible, sobre la base de la recíproca tolerancia y autonomía, sobre aquellos puntos determinados en que las respectivas visiones y propósitos coinciden. Si, una superior concordia entre anarquistas de todas las tendencias y su cooperación, caso por caso, en torno a iniciativas especiales sobre las cuales pueden hallarse de acuerdo, sería posible y deseable, aun cuando los unos están y permanecen organiza-

dos y los otros no. Diré más: la comprensión recíproca, el mutuo respeto a la libertad de aceptar cada cual el método que cree mejor, puede hacer posible una buena armonía y relaciones de buena vecindad, que dejarían abierto el camino a acuerdos sucesivos mayores, incluso, que ahora tal vez no podemos prever.

En cambio, toda concordia o cooperación que exigiere de una parte cualquiera una amputación de las propias convicciones, una disimulación o renuncia a estas, no sería sólida, aun cuando entre personas que se dicen *compañeros* no duraría mucho y no daría buenos frutos. El acuerdo no se haría en paridad de condiciones: habría siempre una parte en una situación de inferioridad, disminuída su dignidad, y por tanto carente de las condiciones necesarias para una verdadera fraternidad. Pero yo creo que una concordia sobre bases tan falsas no sería más que discordia, y nadie, si es anarquista, la querría.

Imaginós una organización anarquista estable y duraderamente constituída. No veo por qué y cómo podría impedir a algunos grupos o individuos que forman parte de ella, o incluso a cualquiera organización, el ponerse de acuerdo con otros anarquistas, — individualistas, desorganizados u organizados de otro modo —, para otras iniciativas: sea más generales, como una agitación pública, un mitin, el socorro a los perseguidos, etc., o especiales y particulares entre los elementos más idóneos, como podría ser una iniciativa cultural, sindical, o un acto insurreccional o de rebelión etc. Una cosa no impediría a la otra; y alguna vez también la organización general podría, directa o indirectamente, facilitar las otras iniciativas separadas o independientes. Búsqese, por tanto, sí, donde es posible, la mayor concordia que se pueda tener, entre anarquistas de todas las tendencias. Unanse ante todo aquellos que están ya de acuerdo sobre un determinado programa teórico y táctico, sin pretender por eso algún monopolio o representación exclusiva de todo el movimiento an-



arquista; y esforzándose al mismo tiempo por conservar buenas relaciones de amistad incluso con los compañeros disidentes que consentan, si es posible y necesario, otras formas de común actividad sobre cualquier otro terreno.

Haciendo confusión en torno al significado de la palabra, cuando se discute la práctica anarquista de la rebelión y de la revolución, algunos llaman "individualista" a la táctica de la revuelta individual, como opuesta a la de la revuelta colectiva y de la organización insurreccional.

Aquí, a decir verdad, la cuestión del individualismo no entra más que como asonancia entre dos expresiones de significado completamente diverso. Hay en efecto, comunistas anarquistas organizadores que llevan su admiración por la revuelta y la acción individual hasta justificarla y aceptarla, cualquiera que sea su especie, y en cambio hay individualistas que hacen sobre este argumento una infinidad de reservas y algunos incluso contrarios a todo acto de violencia individual. Las opiniones diversas sobre este problema de táctica no podrían por tanto ser tomadas como carácter de diferenciación entre las escuelas del anarquismo.

En la realidad, las dos rebeliones, la individual y la colectiva, no pueden ser contrapuestas una a otra; no se excluyen de ningún modo, sino que se integran y complementan. La una, aunque queda aislada, es siempre considerada como anticipación y preparación de la otra; y por vasta y general que pueda ser una rebelión colectiva, no puede ser concebida más que como un complejo de rebeliones de individuos, que en el conjunto no sólo se suman, sino que se multiplican. El que es partidario, por tanto, de la revuelta individual no puede menos de serlo, y con mayor razón, de la colectiva que es un complejo de revueltas individuales. Así, los partidarios de la revuelta colectiva, o insurreccional, no tendrían ninguna razón de hostilidad contra la individual, por que, si cabe, las objeciones que del punto de vista moral y humano se podrían hacer a esta no podrían más que agravarse y multiplicarse contra la revuelta colectiva que implica un mayor empleo de actos violentos y un mayor costo de vidas humanas.

Ciertos revolucionarios que, a la noticia de un atentado contra un soberano u otro poderoso cualquiera de la tierra, opresor de sus semejantes, condenan el acto en nombre de la "inviolabilidad de la vida humana", y luego se declaran partidarios de la insurrección proletaria y popular, son ilógicos. Si hubiera que condenar la revuelta individual, con mayor razón tendría que condenarse la colectiva. La verdad es que toda revuelta contra la opresión es legítima: todos oprimido, individuo o colectividad, tiene derecho a rebelarse contra sus tiranos.

Si tuviésemos que elegir según un criterio puramente moral y humano entre la revuelta individual y colectiva —, prescindiendo, naturalmente, de la suma de dolores, de sangre y de muerte que cuesta toda opresión, superior siempre a los dolores inherentes a la rebelión —, elegiríamos indudablemente la individual, por la ley natural del mínimo esfuerzo y porque la individual implica un gasto menor en sacrificio de vidas humanas que la colectiva.

Sobre esto la generalidad de los anarquistas está más o menos concorde. Tanto individualistas como comunistas, organizadores o antiorganizadores, — aparte de contadísimas excepciones entre unos y otros —, están unánimes en considerar útil y nece-

saria a la causa revolucionaria y libertaria tanto la revuelta individual como la colectiva. Si hay discusión en el interior de cada fracción del anarquismo, gira sobre cuestiones del todo secundarias y de oportunidad contingente, sobre la importancia mayor o menor que hay que dar a una o a otra, o bien sobre la elección y aceptación de los diversos modos de ponerla en práctica. Pero la práctica es aceptada por todos o casi todos. Como ningún individualista condenaría la insurrección de la Comuna parisiense o de Cartagena, o las tentativas organizadas de revueltas de Benevento y de la Lunigiana en Italia o de Jerez en España, así ningún anarquista comunista u organizador condenaría o trataría como actos inconsultos o inútiles las rebeliones individuales de Vaillant, de Pallas, de Caserio, de Angiolillo, de Morrals, de Czolgolz, de Bresci, de Radowitzky, etc.

Naturalmente, en el acto práctico, no todos los gestos de revuelta, o los así llamados, pueden ser apreciados del mismo modo. Hay revueltas y atentados, así llamados, que lo son de manera muy relativa y bastante indirectamente, o que en realidad no lo son de ningún modo, y son más bien catalogados entre los actos de venganza o defensa personal, actos de desesperación, violencias determinadas por intereses privados, estallidos instintivos motivados por circunstancias o temperamentos anormales, etc. Entonces los autores de los hechos son más bien víctimas que rebeldes verdaderos y propios; y sus actos entran en la categoría de los hechos sociales que debemos explicar y también excusar desde un punto de vista social, rechazando la culpa sobre la opresión y la miseria dominantes, pero no aceptar como hechos políticos al servicio de una idea.

Sobre este argumento habría que decir mucho, y sería preciso tratarlo detalladamente, porque no en vano se hace confusión entre una serie y otra de hechos por adversarios de las ideas anarquistas y alguna vez también por los mismos adeptos del anarquismo, con el resultado de incitar algunos que perjudican a la causa misma por la que se combate y desilusionar de la realización de otros que en cambio serían necesarios o útiles, haciendo condenar en bloque a éstos últimos con los primeros, incluso por aquellos que más sinceramente son afectos a la revolución, disminuyendo o a veces neutralizando del todo la eficacia de los actos de revuelta verdaderos y propios. Pero la cuestión no tiene más que una relación muy lejana y del todo ocasional con la polémica sobre el individualismo en el anarquismo.

Aquí bastará decir que no sólo por los hechos insurreccionales de carácter colectivo, sino también por los de índole individual, está en el interés del anarquismo que la razón, la conciencia del fin, el sentimiento de responsabilidad, el espíritu de coherencia con los principios ocupen su puesto prevalente al lado de los impulsos instintivos del sentimiento y de la pasión, de modo que éstos sean guiados por aquellos, y que los impulsos no se desencadenen ciegamente y al azar, sino con objetivos determinados, con un consciente criterio de organización. Igual que un ingeniero puede organizar las fuerzas de un torrente impetuoso que abandonado a sí mismo traería el daño y la ruina, mientras que canalizado y dominado puede traducirse en elemento fecundador, aportador de pan y de luz.

Naturalmente, todo anarquista reivindica para sí la libertad de oprimir su juicio a la luz de su razón y bajo el fuego de su pasión, sobre cada hecho de revuelta individual o colectivo. La extraña preten-

sión, avanzada alguna vez por alguien, de que no se tiene el derecho de expresar una opinión adversa a este o aquel hecho, por la circunstancia de ser anarquista el autor, equivaldría a la negación de la libertad de pensamiento. Pero si puede haber, y debe ser legítimo para todos, una disparidad sobre la valoración de este o aquél hecho, todos los anarquistas están, sin embargo, concordes en defender y socorrer a los autores contra las feroces persecuciones y venganzas de las clases dominantes y gubernamentales, como también en reivindicar la eventual honestidad de las intenciones.

Hay actos de rebelión que son fatalmente determinados sólo por la exasperación y por la provocación de los opresores; respecto de algunos de estos, en los cuales es más visible la falta de una relación con un objetivo determinado social y político, puede surgir una diversidad de apreciación: hay quien, como yo, se limita a explicarlos como efecto del ambiente y de la provocación enemiga, sin aceptarles como propios, y que en cambio los acepta todos sin discusión. Estos últimos, según pienso, cometen un grave error, perjudicial a la causa. Pero cualquiera que sea el disentimiento cesa, entre anarquistas de todas las tendencias, cuando estos se hallan frente a actos de rebelión, sea individual o colectiva, los cuales tienen en sí la más evidente y luminosa característica, no sólo del desinterés personal, sino también del más vivo sentimiento de responsabilidad y de la más alta conciencia del fin, revolucionario y humano al mismo tiempo, de la anarquía.

El juicio de aprobación y de solidaridad es entonces conocido en todos los anarquistas, sin distinción de tendencias, y sin tener en cuenta la tendencia del anarquismo a que pertenezca el heroico autor de la benéfica revuelta.

Si como he dicho ya, la cuestión de los actos de revuelta y de los atentados, es independiente por sí misma de la del individualismo, sin embargo, se coaliga con ella, — y es por eso que me he difundido sobre ella, — no sólo porque hay quien confunde arbitrariamente las dos cuestiones, sino también y sobre todo, porque mucho de la disparidad que hay entre anarquistas respecto de la valoración y apreciación de los actos individuales tiene su origen en una mentalidad que se ha formado en un cierto momento de la historia del anarquismo, con la propaganda del anarquismo individualista.

Con el pretexto o la razón que, por tanto tiempo, las palabras "justicia, fraternidad, igualdad, humanidad", etc., han sido adoptadas por los opresores y explotadores para enmascarar sus más turbios intereses y para tener sometidas espiritualmente y materialmente a las mayorías humanas explotadas y oprimidas, los anarquistas individualistas han negado también lo que estas palabras significan de real, como sentimiento moral o como aspiración al bien; han dicho que no se trataba, con eso, más que de "fantasmas" que había que poner en fuga a la luz de la realidad, de ilusiones que había que despreciar, etc. No pocos de aquellos que hablaban así mostraban luego con los hechos que sentían diversamente y mucho más sanamente; y más de uno de ellos en la realidad ha combatido y se ha sacrificado por lo que en las palabras llamaba "fantasmas". Pero aquella propaganda suya no ha dejado de hacer mal, creando psicologías y mentalidades erróneas,

falseando en muchos casos u oscureciendo toda facultad de juicio sobre hechos e ideas.

Sin tener que recurrir a la ciencia o a la filosofía, que serían inútiles aquí, la misma experiencia personal de nuestra vida y de la que se desarrolla en torno a nosotros nos muestra como las aspiraciones y los sentimientos que se suelen llamar con determinados nombres abstractos más arriba recordados, son algo profundamente vivo en nosotros mismos y entre tantos hombres que nos rodean. Negarlos significa por tanto ponerse fuera de la realidad, y hacer precisamente el juego a aquellos que los explotan para servirse de ellos como máscara de sus aviesos propósitos. Lo que importa, en cambio, es arrancar a los opresores y explotadores esa máscara con que se recubren, reivindicar para nosotros esos principios morales que ellos arrastran por el fango y la sangre, hacer — como dice Bakunin — que esas cosas magníficas que son la verdad, la justicia, la libertad, la igualdad, la solidaridad, la fraternidad, la humanidad, etc., cesen de ser abstracciones teológicas, poéticas, políticas y jurídicas (en cuyo ropaje son servidas para justificar todos los crímenes de los prepotentes y de los dominadores), y que se "transformen en realidades populares vivientes" (Lettre inédite de Celso Ceretti.— La Soc. Nou.— Bruselas, Nro. 134 de febrero de 1896) mediante la abolición de hecho de todas las dominaciones estatales y de clase.

No es verdad que el "derecho" es palabra vacía de sentido. Lo que es verdad es que el derecho abstracto no sirve para nada, sino hay una voluntad decidida a reivindicarlo para sí y para los demás, con los hechos y en el terreno de los hechos; que no basta afirmarlo contra quien lo niega, sino que es preciso conquistarlo, realizarlo con la propia acción directa. Y para que el derecho, — derecho a la vida, es decir, a la satisfacción de las propias necesidades y a la libertad —, sea concebido anárquicamente, es preciso que sea entendido como derecho a la vida, a la libertad, al pan para todos sin excepción. Por tanto del derecho surge la concepción del deber: el deber de cooperar con los otros para que el derecho de todos se realice, que para nosotros, anarquistas, se convierte en el deber de la lucha y de la solidaridad en la lucha, el deber de la propaganda, el deber de mejorarse, el deber de la acción revolucionaria y de la realización anarquista.

Todo esto constituye la moral del anarquismo, el cual si niega la moral del pasado, la moral de los gobernantes y de los súbditos, no la niega porque es una moral, sino porque desde su punto de vista más elevado y más evolucionado, la considera superada, imperfecta, dañosa y por tanto vuelta inmoral. El anarquismo niega toda moral fija o inmutable, toda moral impuesta o imponible; pero al mismo tiempo afirma una moral suya, la moral de la libertad y de la solidaridad humana, que no quiere ni oprimidos ni opresores, ni explotados ni explotadores. Esa moral convertida en los anarquistas en hábito mental y en sentimiento, es lo que les guía en la elección de los medios de lucha y en el juicio de los actos y de los hechos de la lucha por la anarquía, y lo que les hace comprender si son o no coherentes con el objetivo que se proponen.

"Dejando ya a un lado nuestras ideas sobre el Estado político y sobre el gobierno, es decir, sobre la organización coercitiva de la sociedad, que forman nuestra característica específica, y aquellas sobre el modo mejor de asegurar a todos el uso de los medios

de producción y la participación en las ventajas de la vida social — somos anarquistas, — escribía Errico Malatesta en "Umanità Nova" de 1922 — por un sentimiento que es el resorte motor de todos los reformadores sociales sinceros, y sin el cual nuestro anarquismo sería una mentira y una incongruencia. Este sentimiento es el amor a los hombres, es el hecho de sufrir con los sufrimientos ajenos... La intolerancia de la opresión, el deseo de ser libre y de poder expandir la propia personalidad en toda su potencia no basta para hacer a uno anarquista. Esa aspiración a la libertad ilimitada, si no es acompañada por el amor a los hombres y por el deseo de que todos los otros hombres tengan igual libertad, puede hacer rebeldes, pero no basta para hacer anarquistas: rebeldes que, si obtienen la fuerza, se transforman pronto en explotadores y tiranos".

He aquí por qué no somos individualistas, o, para expresarnos mejor, he aquí por qué el elemento individualista, que está contenido en el anarquismo y le es indispensable, no es todo el anarquismo, y no se-

ría de ningún modo anarquismo sin el elemento social o socialista. La moral anarquista es social o individual; si uno de los dos elementos faltase, no sería anarquista; por un camino o por otro sería siempre o se volvería inevitablemente autoritaria. El anarquista es por eso societarista e individualista al mismo tiempo, pero no podría decirse solo una u otra cosa sin incurrir en equívocos, sin acallar un aspecto de sí mismo que es esencial y sin el cual no sería anarquista.

La anarquía es la reconciliación del individuo con la sociedad, — después de tantos siglos de tiranías del uno sobre la otra y viceversa, ya en nombre del uno ya en nombre de la otra, — y su armonización en la libertad y en la solidaridad de todos los hombres que disfrutan juntos y fraternalmente de los frutos del común trabajo y del esfuerzo común, hacia una elevación cada vez mayor en el terreno material, intelectual y moral del individuo y de la sociedad. París, 10 de Febrero de 1928.

E. MALATESTA

EL DERECHO A JUZGAR

Se podrían escribir volúmenes — sin agotar la materia — sobre los errores de pensamiento y de acción que se derivan de las imperfecciones de lenguaje: sinónimos, palabras equívocas, etcétera. Un ejemplo está en la confusión que existe sobre la cuestión del derecho a juzgar, precisamente a causa de la doble significación de esa palabra.

La minoría de los fuertes o afortunados que a lo largo de la historia han oprimido y explotado a la masa trabajadora, han formado poco a poco una cantidad de creencias y de instituciones destinadas todas a asegurar, justificar y perpetuar su dominación. Además del ejército y de otros medios de coacción física, primera defensa y último recurso de la opresión, han creado una "moral" adaptada a sus intereses, calificando de delito todo lo que es perjudicial a estos últimos y formulando un cuerpo de leyes para imponer a los oprimidos por medio de sanciones penales, el respeto a los principios llamados de moral y de justicia, y que no expresan en realidad más que el interés de los opresores. Hecho eso, los guardianes y defensores de la ley, llamados "jueces", fueron encargados de constatar sus violaciones y de castigar a los violadores.

Esos jueces que los privilegiados han tratado siempre de colocar bien alto en la estima del público, precisamente en tanto que sostenes del privilegio, han sido y son todavía una de las plagas más nefastas del género humano.

Gracias a ellos todo pensamiento y todo acto de rebelión ha sido perseguido y reprimido; son ellos los que han martirizado en toda época a los pensadores que se esforzaban por descubrir un poco más de luz, un poco más de verdad; son ellos los que envían al cadalso o al presidio a todos los que se levantan contra la opresión y tratan de conquistar para el pueblo un poco más de justicia; son ellos los que llenan las prisiones con una cantidad de desgraciados que aun cuando han hecho el mal, han sido empujados a ello, a menudo forzados por ese mismo régimen social que les hiere en su defensa.

Ellos, dándose como ministros de la justicia, llegan a hacer soportar y aceptar un estado de cosas que la pura violencia de la soldadesca sería impotente para mantener; y encubriéndose en una independencia mentirosa frente a otros órganos gubernamentales y en una incorruptibilidad más mentirosa todavía, se hacen instrumentos dóciles y solícitos de los odios, de las

venganzas, de los temores de todos los tiranos, grandes y pequeños. Entre ellos, el hecho de estar colocados por encima de los demás, de poder disponer de la vida, de la libertad, de los bienes de todos los que caen en sus manos y de hacer el oficio de condenar a otros, produce una degeneración moral que los transforma en una especie de monstruos, sordos a todo sentimiento de humanidad, sensibles únicamente a la horrible voluptuosidad de hacer sufrir.

Nada más natural que esos jueces y esa institución de la "justicia" hayan sido y sean siempre el objeto de los ataques de todo hombre que ama la libertad y la verdadera justicia.

Agreguemos a todo eso la comprensión más exacta que tenemos hoy de la influencia de la herencia y del ambiente social, reduciendo al mínimo, aun cuando no la destruye enteramente, la responsabilidad moral individual, y el conocimiento más hondo de la psicología, que, más que a esclarecer el problema de los factores que determinan el alma humana, no ha llegado hasta el presente sino a mostrar su inmensa complejidad y dificultad; y se comprenderá por qué se ha dicho que "el hombre no tiene derecho a juzgar al hombre".

Nosotros, anarquistas, que queremos eliminar de las relaciones entre los hombres la violencia y la imposición, tenemos más razón que todos los demás para protestar contra ese derecho a "juzgar", cuando juzgar significa condenar y castigar a quien no quiere someterse a la ley hecha por los dominadores.

Pero juzgar quiere decir también expresar su opinión, formular su juicio, y eso no es más que el simple derecho de criticar, el derecho a expresar el propio pensamiento sobre todo y sobre todos, que es el primer fundamento de la libertad. Negar el derecho a juzgar, en este sentido de la palabra, no es sólo negar toda posibilidad de progreso, sino negar completamente la vida intelectual y moral de la humanidad.

La facilidad de caer en el error, las inmensas dificultades para juzgar justamente, sobre todo cuando se trata de los motivos morales que llevan a un hombre a obrar, aconsejan ser prudente en los juicios, no adquirir nunca aires de infalibilidad, estar siempre dispuestos a corregirse, a juzgar el acto ocupándose lo menos posible de su autor; pero no pueden contradecir de ningún modo el derecho a juzgar, o sea a pensar y a decir lo que se piensa. Se puede uno engañar, se puede ser injusto en el juicio; pero la libertad de engañarse, la libertad de sostener el error es inseparable de la libertad de defen-

der lo que es verdadero y justo: cada cual debe tener la libertad absoluta de decir y propagar lo que quiere, a condición de no imponer su opinión por la fuerza y de no emplear otra arma para defender sus juicios que la del razonamiento.

Algunos camaradas, por una confusión debida a la doble significación de la palabra juzgar, en ocasión de algunos actos apreciados diferentemente en el campo anarquista, han creído salir del atolladero diciendo que los anarquistas no deben juzgar.

¿Y por qué los anarquistas, que proclaman la libertad ilimitada, habrían de estar privados del derecho elemental que ellos reclaman para todos? ¿ellos que no admiten ni dogmas ni papas, ellos que aspiran a ir siempre adelante habrían de renunciar al derecho, al hábito de criticarse entre sí, medio y garantía de perfeccionamiento?

¿Los anarquistas no tienen el derecho a juzgar? ¿Pero cómo combatirían la sociedad actual sin haberla juzgado mala? Y pretender que no se tiene derecho a juzgar ¿no es ya un juicio? ¿no es juzgar a quien juzga?

En el fondo no se trata más que de una hipocresía, más o menos inconsciente, del espíritu, provocada y reforzada por esa confusión de lenguaje de que hemos hablado. Porque en realidad, hay hombres que niegan el derecho a juzgar a quienes no juzgan como ellos, y se lo rehusan a sí mismos también cuando no saben cómo juzgar.



La mujer en la vida y en la lacha social

"Que la mujer obedezca, sirva y calle". — dice San Pablo. Y esa sentencia o apóstrofe que los santos apóstoles, a la par del que nombramos, dirigieron hacia la mujer, cuya repercusión, desde las Escrituras, suena en nuestros oídos, es la que la educación, en parte, ha preconizado y es éste el fruto y caudal más común en ciertos hombres que, aún después de haber trascendido una cierta y prudencial cantidad de años desde aquel entonces, conserva vestigios de una época que por su bestialidad ha impedido la marcha de la evolución, la misma que en nuestra calidad de hombres del presente detestamos. Los tiempos pasados, si bien es verdad que nos enseñaron algo para en lo sucesivo poder dirigirnos mejor, desenvolvemos de un modo más fácil y con menos desgaste de energías, hacia la meta de la libertad; si esa experiencia, decimos, ha influido en nuestros espíritus para hacerlos más dulces y amables, también nos ha enseñado algo más, y ese algo más es lo que no tenemos necesidad de saber, es lo que detestamos porque en vez de hacernos adelantar en el largo camino de la vida nos ha hecho errar la senda que conduce a la felicidad, a la justicia.

El derecho romano prevalece en la vida civil de las naciones civilizadas aún con bastantes variantes del feudalismo, del renacimiento, desde hace aproximadamente dos mil años, a las Decretales, del derecho canónico, a la legislación visigoda española, a las costumbres germánicas, de los galos e itálicos, de la época de la Revolución Francesa, etc.; más la trama del derecho común es la familia; la familia es la madre de los pueblos, sin la familia no hay amor posible ni progreso: desapareciendo la familia desaparecerán los pueblos.

La humanidad ha seguido siempre su ruta ascendente, sujeta al imperativo de una ley evolutiva. A través de esa lenta y dolorosa evolución de siglos, la mujer resume en sí todo un compendio de belleza: ella es inmortalizada en los mármoles de la Grecia luminosa; en las mágicas telas del Renacimiento italiano; es Vestal de ritos y holocaustos sagrados que inspira los más grandes poemas en la poesía y provoca e inspira los más audaces descubrimientos científicos. Ella fué en la poesía, Beatriz y Laura, en filosofía, Hypatia en grandezas, Semiramis...

Cuando el cristianismo, oponiendo su doctrina de benevolencia y perdón a la crueldad y la injusticia del fuerte, levantó contra sí el furor de los grandes, la mujer es quien apasigua a los gobernantes que se ensañaban unos contra otros envolviéndose en un verdadero mar de sangre.

La fuerza por ellas representada y el valor es la que hace exclamar a Libanius al estudiar el por qué de la derrota del Apóstata Juliano, en su empecinamiento por volver a la antigua sociedad del paganismo: ¡Qué mujeres éstas!

Cuando al sacudir la tiranía del feudalismo, ante la cual el individuo ni tiene lugar para nacer casi, media Europa se levanta en un grito de protesta contra el antiguo régimen, la mujer no puede vacilar en ofrecer su confianza y seguridad, su patrimonio y su vida misma, por el rescate del derecho de los hombres, hollado y desconocido.

Nadie se atreverá a negar que la mujer ha intervenido siempre y de una manera activa y apasionada, en todos aquellos movimientos de altruismo grande y trascendental que en épocas dadas sacudieron el

mundo entero y amenazan destruirlo para cambiar de una vez por todas la triste condición de esclavos que presentan en la tierra los hombres y las mujeres.

Por muchos siglos, la mujer ha vivido doblegada bajo el imperio de la ignorancia. Tanto ella como el hombre estaban convertidos en una "cosa", ahogando siempre con más grandes anhelos todas las energías propias a su naturaleza, sus más justas ambiciones y hasta sus derechos más sagrados.

Las leyes eternas que rigen los destinos del Universo parecen haber roto todos los obstáculos que se oponían como vallas insalvables, para que los hombres a través de sus dolores y angustias en la vida aprendieran a superarse por la conquista de sus derechos y libertades.

En la lucha de las pasiones y de las ideas, hoy en día, la mujer no puede volcarse por entero como lo hace el hombre debido a la futilidad de la educación. Comparando el uno y el otro encontramos una diferencia substancial en cuanto a la intensidad de valores psicológicos. Actualmente, a cierta cantidad de hombres sólo les basta saber que la mujer es tierna, sensitiva, instintivamente. Su corazón guarda y vive dentro de movimientos centrifugos que no tiene el hombre; la ley de la vida les reserva apostolados que no siempre armonizan con lo que es francamente masculino. Para vivir con las ventajas de la civilización, la mujer debe concentrarse sobre sí misma. Es ahí, en su vida interior, donde está el secreto de su suerte y de su felicidad.

Pero no es así, aunque ello está escrito en los libros. No existe ni existirá sobre la tierra la felicidad de la mujer, como tampoco la del hombre entre tanto ambos no alcancen a conquistar lo que por derecho natural les pertenece; y ese derecho natural es la libre voluntad de sus deseos, de sus intenciones y de sus hechos, en la más alta acepción de la palabra.

"La civilización de un pueblo — dice Alfredo Fouilleé — puede medirse según el grado de humanidad y de justicia que los hombres revelen en su trato con las mujeres.... Encontrar en todo el equilibrio, asegurar doquiera la ecuación entre los derechos y los deberes de la mujer, sustituyendo así de una manera progresiva el régimen de sumisión por el de justicia". Más ese equilibrio no lo hallaremos entre tanto permanezcan atados a la noria de la esclavitud los componentes de las masas del pueblo; no podrá hallarse porque mientras existan ambiciones sobre tal o cual objeto no podrá sentirse capacitado para responder a tales necesidades. Y esto es lo que saben de memoria muy bien tanto los gobiernos opresores como toda la organización estatal. No podrá haber, repetimos, emancipación posible entre tanto las instituciones sociales tengan un derecho de poder y de mando sobre la gran masa del pueblo.

La mujer, y en las mismas o más humillantes condiciones el hombre, es la bella mitad del género humano deliciosamente ignorante y embrutecida, para servir solamente como instrumento de placer; sin raciocinio, sin ideas, sin aspiraciones, aquél animal de cabellos largos e inteligencia corta del agrío Schopenhauer, duramente castigado por semejante juicio, el que solamente conoció ésta clase de mujeres, descuidando la lealtad, la ambición noble, la sana conciencia, la cultura, — si es educada, — la honradez, el tesón, el sacrificio, las virtudes, en fin, capaces de sobrepasar a los mismos hombres.

La miseria, el temor a la condenación social cuando no a la penal, la ignorancia y en ciertos casos también el ocio, cuando ésta falta, son los temores más

propicios y habituales en las mujeres para deshacerse del yugo al cual se hallan atadas. La dependencia en que viven con respecto al hombre, sobre este particular, las arastra en muchos casos a la indiferencia moral que endurece el sentimiento de la dignidad personal.

Dice el poeta Shelley en uno de sus poemas, que si la humanidad llegase a abolir sus antiguas instituciones y olvidar sus añejos prejuicios, todos los males que afligen al mundo desaparecerían como por encanto".

Lo mismo podríamos opinar respecto a la situación no sólo de la mujer sino también de los hombres o al menos en su mayoría. Los prejuicios que no han acarreado más que males y contratiempos imperan desde tiempos antiquísimos sobre nosotros. Al revés de lo que dice Lamartine, "que el hombre es un ave descendida de los cielos", creemos más bien que los cielos son los que se han levantado sobre el hombre con la intención de aplacarlo.

Los prejuicios sociales son nuestros más encarnizados enemigos. Es a ellos a los que en nombre de la razón y de la justicia hay suma necesidad de combatir: dejar que continúen su curso es rebajar nuestra personalidad.

El inicuo espectáculo de la guerra entre pueblo y pueblo por defender principios convencionales de honor nacional, vacíos de sentido humano, felizmente ya ha despertado en la mujer, como también en el hombre, el horror unido a un deseo vehemente de concluir de una vez por todas con los vestigios de esa barbarie antigua. De boca de una mujer, la baronesa Berta de Suttner, el mundo entero oyó por primera vez el grito de: ¡Abajo las armas! y no ha muchos años fué discernido el premio Nobel a Selma Langerlof, cuya obra llena de un humanismo extraordinario, dulce y consolador, es un verdadero canto de paz y amor.

Las lacras sociales que retrotraen la mujer a los tiempos en que la barbarie era dueña de todo lo que constituye algo personal, es decir algo grande, hacen retroceder las aspiraciones, destruyen en el alma de nuestros adolescentes los sanos principios de moral y honestidad que a pesar de todos los obstáculos y con ciertos inconvenientes vamos inculcando con inquebrantable constancia. Para ello hay gran necesidad de declarar guerra sin cuartel al alcoholismo, que destruye la salud de las generaciones venideras; declarar la guerra a la guerra, la más espantosa de las catástrofes, que roba nuestra felicidad, nuestra paz y que destruye la obra de nuestro amor, bajo el imperio de una locura de sangre y de exterminio que periódicamente salta como una reminiscencia ancestral al corazón y al espíritu de los hombres.

Por lo tanto, en bien de la humanidad, es preciso que la mujer a la par del hombre, ya que ambos permanecen, debido a los males sociales, en un plano de su personalidad, porque ello equivale a engrandecer la causa de la libertad misma. La mujer así formada tendrá la visión neta de los principios inmutables de moralidad que revelan el acrecentamiento de la simpatía entre los seres y el afán constante de alcanzar la verdad que la ciencia marca en sus etapas; sentirá en sí propia la convicción de que el mundo marcha, en su lenta y pausada evolución, hacia la sinceridad, hacia la concordia.

La mujer es la base de la familia, y ésta, a su vez, la base de los pueblos. Sin familia no hay sociedad posible. Más que por el latifundio se perdió Roma por la corrupción de la familia. Prostituyóse el pueblo romano al sustituir la virtud de Cornelia por

la lujuria de Cloris. Esa es obra de la mujer y del hombre solamente. Nada hay que esperar de los gobiernos, ni de los políticos, ni de las mismas religiones. Si ambos no se alzan en defensa de sus derechos, muchos pisoteados y otros desconocidos, nadie vendrá en su ayuda.

Cuando tanto uno como el otro comprendan esta dolor de tal nombre y la mujer la compañera inteligente, y compartirá a su lado los problemas de la necesidad, el hombre será entonces el digno merecedor en su complicado desarrollo, siempre en la ascensión hacia la verdad.

Buenos Aires, 19-5-29.

CAMPIO PEREZ

El mujik y las ciruelas

Un mujik compró en la feria seis hermosas ciruelas para repartirlas entre él, su mujer y sus cuatro hijos.

De vuelta a su casa, entregó a cada uno de los muchachos una ciruela, diciéndoles:

—A ver cuál de vosotros hace mejor empleo de ella.

Al día siguiente llamó a su hijo mayor y le preguntó:

—Vamos a ver, Ivan: ¿Qué hiciste con la ciruela?

—Me la comí, padre — respondió el muchacho; — estaba riquísima. Pero guardé el carozo, cuando llegue la época de sembrarlo lo plantaré en el huerto. De aquí a dos años, ya podremos tener ciruelas.

—Muy bien, hijo mío — aprobó el mujik. — Veo que eres *previsor*, y eso me agrada en extremo, pues tu porvenir estará asegurado y pasarás tus últimos años en paz.

Luego hizo venir al segundo de sus hijos:

—Padre — dijo éste. — Yo comí la ciruela que me habías dado y la mitad de la que diste a madre; como los carozos no me servían, los tiré.

El mujik torció el *getso*.

—Mal hecho, hijo mío; si hubieras seguido el ejemplo de tu hermano, serían dos ciruelos los que habríamos plantado en el huerto, y mayor cosecha habríamos obtenido. Eres *imprevisor* y *glotón*, pues le quitaste la mitad de la fruta a tu madre. Corrígete de estos defectos, que pueden conducirte por muy mal camino.

Sergio, el tercero, se adelantó, y sin esperar a que el mujik le preguntara, dijo:

—Padre: yo recogí los carozos que tiró Vanka, saqué las *almendras* que tenían dentro y me las comí. En cuanto a la ciruela, se la vendí a Teodor Ivanovich, y me dió por ella tantos *kopeks*, que mañana podré comprarme en la feria una docena. Me comeré dos y venderé las diez restantes, y así poquito a poco, aumentaré mis ahorros.

—Tu modo de proceder no me agrada — dijo el mujik con tristeza, — porque veo que eres *egoísta* y *avaro*. Nunca te faltará que comer; pero ¡ay del infeliz que llame a tu puerta en demanda de un pedazo de pan! Malo es tirar las cosas y no pensar en el porvenir, como ha hecho Vanka; pero peor es pensar exclusivamente en sí mismo y vender al prójimo por el triple de su valor lo que no nos costó absolutamente nada. Ten cuidado y lucha contra esas dos *fuertes* inclinaciones, que agotarán tu corazón. Y tú, hijo mío — añadió el mujik, dirigiéndose al menor, — ¿qué hiciste con la ciruela?

Sacha se adelantó *confuso*, bajando la cabeza.

RUDOLF ROCKER:

La situación general y lo que deben hacer los trabajadores

I

Hemos visto que la economía capitalista está en vías de una completa transformación, que no solo se manifiesta nacionalmente, sino también internacionalmente en una medida cada vez mayor. En lugar del viejo capitalismo privado aparece el capitalismo colectivo en la forma de trusts y kartells, en lugar de la libre concurrencia, la dictadura de los monopolios. Esa tendencia notoriamente reaccionaria de la moderna economía halla también una expresión más y más fuerte en las aspiraciones políticas de la actual burguesía y lleva naturalmente a formas por entero nuevas de la reacción política. Para el capitalismo de la vieja escuela, que veía el ideal del desarrollo económico en el "libre juego de las fuerzas", la forma de Estado más cómoda era el régimen parlamentario. El capitalismo de la nueva escuela busca formas de dominación política más firmes; la dictadura en la economía lleva consecuentemente a una dictadura política y no tiene nada de extraño el que particularmente en los círculos de la gran industria se coqueteen hoy con el pensamiento de una forma de Estado dictatorial. Nunca habría podido ejercer en la atmósfera política de Europa una influencia tan devastadora el comportamiento de un aventurero político como Mussolini si no hubiera existido ya la conformación espiritual favorable. El hecho que incluso el ministro del exterior inglés Chamberlain haya hecho al verdugo de Italia en plena publicidad una reverencia, es muy significativo y fué sentido por los partidarios del régimen parlamentario en Inglaterra, que vieron en ella una demostración buscada.

Una larga serie de Estados europeos llevan ya hoy el yugo de la dictadura militar o civil en sus hombros y disfrutan de la simpatía secreta o franca de los llamados países democráticos. El régimen dictatorial en Hungría, Bulgaria, Rumania, Yugoslavia, Lituania, España y Portugal, con sus sucesos terroristas horribles no se podría sostener un solo día si no estuviera seguro del apoyo tácito o abiertamente anunciado de una u otra de las grandes potencias

—Padre — contestó: — Nikita, el hijo de nuestra pobre vecina está muy enfermo, y para aplacar la sed que la fiebre le produce, le di a comer la ciruela... Si he hecho mal, perdóname.

—¡Perdonarte! — exclamó el mujik con los ojos llenos de lágrimas. — Ven a mis brazos; tú eres el que verdaderamente ha hecho mejor empleo del regalo que yo os había dado, porque el ayudar al prójimo, la solidaridad, es lo más hermoso de la tierra: lo único que consuela el corazón.

LEON TOLSTOY.

democráticas. Por lo demás nada importa la etiqueta exterior de la forma de Estado, pues también en los países regidos según el viejo sistema parlamentario hay hoy más fuerzas que nunca en acción, las cuales tienden abierta o clandestinamente a la más extrema reacción política. El moderno capitalismo que pretende someter completamente al proletariado a la dictadura económica de sus trusts y kartells nacionales e internacionales, busca nuevas formas de gobierno que le faciliten ese trabajo. Acontezca o no esto bajo el estandarte del fascismo franco o larvado es en sí y por sí indiferente siempre que se alcance de esa manera el objetivo deseado.

No es ninguna casualidad el que el primer ataque de la nueva reacción se dirija principalmente contra las organizaciones económicas de los trabajadores, pues éstas pueden ser peligrosísimas para la realización de sus planes, particularmente allí donde persiguen abiertamente fines revolucionarios y se sirven de la acción directa como medio de lucha. Así por ejemplo hace poco tiempo el Tribunal Supremo Federal en Washington ha decidido que las leyes contra el sindicalismo revolucionario en los Estados de Kansas y California están en vigor y que "la libertad de palabra garantizada constitucionalmente no da el derecho a expresarse públicamente en pró de las doctrinas del sindicalismo". — En este caso no solo es justificada la persecución de actos punibles, sino también la propaganda pública de ciertas ideas.

Es muy significativo para la situación actual el atentado del gobierno conservador de Inglaterra a la libertad de las Trade Unions. La nueva ley hiere a las organizaciones sindicales directamente en su nervio vital, amenazando la huelga solidaria y calificándola de acto ilegal. Con la conformación actual del capitalismo unido en kartells nacionales e internacionales justamente la huelga solidaria está llamada a desempeñar en el futuro el más grande papel. Eso lo saben los portavoces políticos de las clases dominantes muy bien y tratan por consiguiente de adelantarse a las cosas. Pero ¿qué valor tiene la existencia de un sindicato a quien se ha privado de toda libertad de acción? Sin duda en última instancia lo importante será el grado en que los trabajadores estén dispuestos a doblegarse a la dictadura brutal de una ley de excepción.

Sobre la opresión brutal de las organizaciones sindicales en Italia, España, Portugal, Lituania, Bulgaria, etc., que estuvo ligada muy frecuentemente a las más sanguinarias crueldades, no se hablará aquí en manera alguna, pues sobre las condiciones de aquellos países se ha tenido que informar por desgracia muy a menudo. La Turquía democrática ha prohibido las uniones sindicales antes legalmente permitidas. Y es característica la fundamentación con que el gobierno rumano prohibió rotundamente en su

país: los "sindicatos comunistas". En esa fundamentación se lee textualmente que las asociaciones reprimidas hacen resaltar "la necesidad de la lucha de clase" y habían calificado a la burguesía de "vengativa y explotadora". También en Francia se advierten cada día más fuertes las tendencias antisindicales, especialmente contra la organización de los empleados y obreros del Estado. El mismo fenómeno se puede observar en Dinamarca, que hasta aquí figuraba como uno de los países más democráticos de Europa. Allí el tribunal supremo ha condenado hace poco tiempo a la "Liga danesa de obreros del campo" a la "Unión de los obreros sin oficio" y a la Federación sindical danesa a pagar a algunos propietarios de granjas, que se resistieron a la organización de sus obreros, una indemnización de 100.000 coronas y a un comerciante una indemnización de 30.000 coronas, porque se les había declarado el boicot. Esa sentencia tuvo por consecuencia otras acusaciones, con lo cual las organizaciones citadas fueron condenadas a pagar otras 119.000 coronas de indemnizaciones. Las terribles persecuciones contra los sindicatos revolucionarios en Cuba, Chile, etc., las citamos aquí solo para completar.

Por lo que se refiere al capitalismo alemán, con su actitud espiritual es comprensible sin más que se arroje de un modo cada vez más franco en los brazos de la reacción política. Ciertamente hubo por un tiempo la apariencia de que se pasaría a una táctica más suave. Eso pasaba en septiembre de 1926, cuando en el congreso de la asociación nacional de la industria alemana en Dresde el director general Silverberg, uno de los representantes más prominentes del capitalismo alemán, rompió una lanza en favor de cooperación con la clase obrera e invitó a los trabajadores a participar en el gobierno.

Los jefes sindicales alemanes saludaron ese discurso entonces con vivo entusiasmo y soñaban ya con una futura comunidad entre capital y trabajo. Pero los hermosos días de Aranjuez pasaron pronto. Los extremistas de la talla de Borsig y de Thyssen frunció el ceño y Silverberg enmudeció. De acuerdo a las experiencias hechas aquí con el proletariado organizado el capitalismo se sintió bastante fuerte para avanzar por su propio camino incluso sin la ayuda de la socialdemocracia y de los jefes sindicales. Que en ese comportamiento podía contar con la solidaridad de la reacción agraria, es cosa que se comprende por sí misma. Justamente la Reichslandbund, la organización archirreaccionaria de los latifundistas, combatió la forma parlamentaria de gobierno con todos los medios que estaban a su disposición y aspiraba a un Estado de estructura profesional según el modelo del fascismo italiano. Ese pensamiento encuentra hoy en los círculos del mundo financiero alemán y de la gran industria la más íntima adhesión, a lo cual ha contribuido la famosa Carta del Trabajo de Mussolini. Esa Constitución fascista del trabajo, que solo tolera los sindicatos controlados por el Estado y solamente declara válidos los pactos concertados por ellos, y eso para todos los trabajadores, pertenezcan o no al sindicato, al que están comprometidos, como en Rusia, a pagar su cotización, — es hoy el ideal del capitalismo alemán.

Se sabe generalmente que las llamadas asociaciones patrióticas son financieramente apoyadas y fomentadas por la gran industria. En un gran número de establecimientos del gran distrito industrial para los obreros es posible hallar trabajo solo si se

deciden a ingresar en los "cascos de acero" o en alguna otra asociación nacionalista. Con el fomento de esas organizaciones amarillas el capitalismo persigue el objetivo de meter una cuña en el movimiento obrero y extender más aún el desmenzamiento interno, porque este es el mejor medio para quitar del camino todos los obstáculos, que se pueden oponer quizás en el camino de la realización de sus fines políticos y económicos.

El profesor Ernst E. Horneffer, uno de los portavoces más reaccionarios de esa nueva tendencia del capitalismo alemán, ha dado expresión de un modo muy notable a esos pensamientos en una conferencia en la que dijo: "El peligro del movimiento social solo puede ser quebrantado si se produce una división de las masas. Pues la mesa de la vida está cubierta hasta el último asiento, y por eso la economía no puede garantizar a sus empleados nunca más que la mera existencia. Esta es una ley natural ineludible. Por eso toda política social es una tintería sin nombre".

Compárase el proverbio clásico del sabio profesor con los argumentos zurdos de muchos super-radicales que rechazan toda acción de los trabajadores en pró de una mejora de su nivel de vida como esfuerzo perdido, y se pensará involuntariamente en el conocido refrán francés: "Les extrêmes se touchent". — los extremos se tocan.

Aquella efusión sentimental de una buena alma de oficio no es por lo demás un caso aislado. Tan solo el 30 de Mayo del año 1927 el Dr. Ernst von Borsig ha expresado la misma ideología en una conferencia ante la Sociedad alemana de Berlín sobre "Consideraciones de un empresario sobre la política social" y fué particularmente al fondo de la asistencia social. Con una franqueza espantosa declaró ese hombre generoso, sin pestañear, que "sin la asistencia estatal tal vez tendrían que sucumbir 50.000 hombres, pero en cambio de 4 a 5 mil podrían entonces producir valores".

El señor von Borsig no es un capitalista cualquiera, es el presidente de las asociaciones de patronos alemanes, o sea el representante oficial de todo el capitalismo en Alemania, cuya opinión en un problema tan importante no debe ser apreciada como el punto de vista de una persona privada, sino como la opinión de una clase, que él preside oficialmente. Por esta razón las despiadadas palabras de ese monopolista poseído de la locura del poder tienen una significación social; son características de toda la conformación interna de la clase capitalista alemana e ilustran la terrible situación en que ha caído el proletariado alemán. No en última instancia por la propia culpa. Es absurdo y cobarde el echar siempre sobre otros el resultado de la propia debilidad y maldecir sobre la supuesta traición cuando no ha hecho uno mismo nunca el ensayo de llevar las cosas por otro camino. Se puede ser traicionado, pero cuando a pesar de todas las experiencias se vuelve siempre a la trampa, esa pereza espiritual insuperable es una circunstancia mucho peor que la supuesta traición de los jefes.

En la realidad se trata aquí menos de una traición consciente que del resultado natural de un método seguido desde hace décadas, cuya insuficiencia e infructuosidad se manifiesta más que nunca hoy frente al gran proceso de transformación del mundo capitalista. Se ha integrado uno tanto en la atmósfera y en las instituciones del Estado capitalista que se ha perdido toda visión de una reformatión de las

cosas por la acción constructiva socialista y se sienten uno ligado a los hechos dados por la inocua rutina de la política cotidiana práctica, como el esclavo de las galeras a la cadena. De este modo se ha su bordinado completamente la propia iniciativa y la voluntad de obrar a la tutela de autoridades superiores y se ve en todo obstáculo que no cree uno tener la fuerza necesaria para superarlo, una "necesidad histórica" a la que hay que adaptarse. Se olvida en ello por completo que existirán "necesidades históricas" mientras no se les oponga ninguna resistencia, y que desaparecerán en el momento en que tropiecen con la voluntad firme de hombres seguros de su propósito final. Toda creencia en las "necesidades históricas" arraiga hondamente en la turbia representación de la inevitabilidad de lo existente y corresponde siempre al sentimiento de la propia debilidad.

Si el capitalismo alemán no tuviera la certeza de que no tiene nada que temer del proletariado de este país, a pesar de la fuerza numérica de sus organizaciones, dada su actitud táctica y teórica, una confesión tan excitante y provocadora como la del presidente de las asociaciones patronales alemanas, que debería herir a todo obrero en quien no ha desaparecido el sentimiento de la dignidad humana, — no se habría producido. La profecía de su antecesor, de la decadencia condicionada por necesidades históricas, le deja por completo indiferente, mientras esté en situación de regir a su voluntad por el momento la historia, y el griterío histérico de nuestros comunistas no le hace perder un solo segundo el apetito de los beneficios en perspectiva. Sabe exactamente que ni por una ni por otra parte le amenaza ningún peligro, y persigue con satisfacción interna la descomposición política de la clase obrera.

Hemos hablado de esas debilidades del actual movimiento obrero y expuesto la necesidad de nuevos objetivos y métodos. Hoy esa necesidad se ha convertido en un deber imperioso del obrero para consigo mismo, si es que no quiere rendirse sin resistencia al régimen de un futuro feudalismo industrial. Hasta los más ciegos tienen que ver poco a poco que los viejos métodos del proletariado han perdido hoy los últimos restos de su eficiencia. Hoy, en la era del capitalismo colectivo, en el período de los kartells internacionales y nacionales del capitalismo y de la racionalización de la economía capitalista, la clase obrera necesita una mentalidad completamente nueva y ante todo métodos muy distintos a los métodos que empleó hasta aquí en la lucha.

Ante todo tiene que comprender que no puede confundir sus intereses con los intereses del Estado nacional, como ocurrió hasta ahora en la mayoría de todos los países. Sus organizaciones no deben continuar siendo elementos integrantes necesarios del mecanismo del Estado moderno, que son tan necesarios para su misión como cualquiera otro organismo estatal. El mundo del trabajo organizado debe perseguir sus propios fines y reconocer que tiene que defender intereses propios que no pueden coincidir con los fines y los intereses de ningún Estado, y que van en sentido diametralmente opuesto en cada país a las aspiraciones de las clases dominantes. Todo pensamiento de una futura comunidad de trabajo entre el proletariado y los capitalistas, que ha sido tan alegremente saludado no hace mucho por los jefes de las uniones obreras reformistas y aceptado con tanto entusiasmo, es un suicidio directo para la clase obrera, una adjuración directa de su liberación venide-

ra. Colaboración es posible solo allí donde existe ya una comunidad de los intereses y de los fines. Tal comunidad entre capital y trabajo sería posible únicamente cuando los trabajadores, deshechando para siempre todos las esperanzas en una futura liberación de las cadenas; del salariado, reconociesen la razón de ser del sistema capitalista y estuviesen dispuestos a desempeñar por los siglos de los siglos el papel del pobre Lázaro, alimentado con las migajas de la mesa de los ricos. Tal objetivo puede parecer seductor para el capitalismo y todos los sistemas señalan que ese fin es anhelado más que nunca; pero para la clase obrera el solo pensamiento de la posibilidad de un tal estado social equivale a alta traición a sus intereses más elementales y a la peor violación de la idea de la justicia social.

Es verdad que los trabajadores en ciertas circunstancias disfrutarían de algunas pequeñas mejoras si la burguesía de su país obtiene ciertas ventajas sobre la de otro país; pero eso ocurre siempre a costa de la propia liberación y de la opresión económica de otros pueblos. Los trabajadores en Inglaterra, Holanda, Francia, etc., son hasta cierto grado copartícipes de los beneficios que la burguesía de su país obtiene sin esfuerzo de la explotación desenfrenada de los pueblos coloniales oprimidos; pero tarde o temprano llega el tiempo en que también aquellos pueblos se despertarán y harán pagar tanto más caramente las pequeñas ventajas disfrutadas. Por los acontecimientos de Asia se demuestra cada vez más claramente el próximo futuro. Por la apropiación de nuevos mercados a costa de los otros pueden llegar a los trabajadores del país vencedor, mediante la mayor demanda de trabajo y los más altos salarios, pequeñas ganancias; pero simultáneamente sus hermanos del otro lado de las fronteras tienen que pagar en cambio con la desocupación y la reducción de su nivel social de vida. El resultado es una escisión cada vez mayor dentro del movimiento obrero internacional, que no se borra con las más hermosas resoluciones de los congresos internacionales. Pero a causa de esa escisión la emancipación de los trabajadores del yugo de la esclavitud del salariado se posterga cada vez más; Esau vende su derecho de primogenitura por un plato de lentejas. — Mientras los trabajadores anuden sus intereses a los intereses de la burguesía del propio país, es natural que tengan que sufrir también todos los resultados de esa colaboración tácita que la mayoría de ellos ni siquiera sospechan. Tienen que estar listos a hacer su guerra por la conservación en el ensanchamiento del mercado exterior y ayudar a defender toda injusticia perpetrada contra otros pueblos. Por este motivo la actitud de los partidos obreros durante la guerra fué resultado lógico de su actitud espiritual y de los métodos que habían perseguido antes de la guerra.

Tan solo cuando los trabajadores de todos los países reconozcan claramente que sus propios intereses en todas partes son los mismos, y aprendan a obrar en común de acuerdo a ese reconocimiento, se tendrá el fundamento más importante para la emancipación internacional de la clase obrera. Contrarrestar los intereses políticos y sociales del capitalismo en todos los países y en todo momento según un principio determinado y empleando todos los métodos que están en armonía con el gran objetivo de la liberación social, — esa es la condición previa de una lucha victoriosa de la clase obrera por su emancipación definitiva.

El desenvolvimiento actual del capitalismo convierte cada vez más tal modo de proceder en un impera-

tivo de la hora. Está perfectamente claro que todos los métodos de que se ha hecho uso hasta aquí, no tendrán eficacia en el porvenir. Aquí no hablaremos de la infecundidad de la acción parlamentaria. Las experiencias que ha hecho el proletariado alemán justamente en la era gloriosa de la república con esa acción, han abierto los ojos a muchos trabajadores. No solo los anarquistas y los sindicalistas comprenden la completa inanidad del método parlamentario; ese reconocimiento se abre más y más camino en otros círculos del proletariado. Se comienza evidentemente a comprender que la táctica parlamentaria no solo no benefició a los trabajadores, sino que en base a la actitud puramente legalitaria del moderno movimiento obrero se vuelve a perder hoy trozo a trozo lo poco que se había conquistado en largos años de duras y graves luchas.

Lo peor es que también la gran mayoría de las organizaciones sindicales está penetrada completamente de las ideas de la acción parlamentaria y gracias a esa mentalidad abandona sin resistencia los derechos más elementales de los trabajadores y consuela siempre a sus miembros con la ayuda de los parlamentos. En todas partes donde las organizaciones sindicales de los trabajadores se arrojaron en brazos de la acción parlamentaria y la protegieron no obstante su supuesta neutralidad, se ha producido un retroceso de su combatividad y una evaporación de su energía originaria. O bien se apoya uno en la fuerza organizada de la asociación económica, en la lucha directa entre el capital y el trabajo, o bien se pone la esperanza en la ayuda del Estado y de sus leyes y en base a esa esperanza se olvida poco a poco la necesidad de la lucha directa. No se puede actuar en ambos terrenos sin ver dominada a la larga la actividad sindical completamente por los métodos parlamentarios y sin perder la sana energía y la iniciativa. Esto se manifiesta claramente en Inglaterra, el país clásico de los Trade Unions, desde que el partido laborista adquirió su influencia en el proletariado organizado. Toda una serie de jefes sindicales son al mismo tiempo representantes del Labour Party y en consecuencia solo está a medias con las luchas sindicales y sus métodos. Se vio perfectamente en el movimiento de huelga general de 1926. El movimiento surgió de la iniciativa de las masas y los jefes fueron sencillamente forzados a seguirlo, aunque la mayoría de ellos estaban en su fuero interior contra la huelga. Las consecuencias no tardaron en llegar. Incluso Archibald Appleton, el secretario de la General Federation of British Trade Unions, se expresó después de la huelga general del modo más severo imaginable contra el "experimento ilegal" de aquel movimiento. ¿Cómo se podía esperar, pues, que un movimiento a cuya cabeza estaban hombres con tales concepciones y que eran por decirlo así forzados contra su propia voluntad, pudiese tener algún éxito? Y aquí no hablamos siquiera de los jefes puramente parlamentarios, como Macdonald, Thomas, Snowden, etc.

En Alemania, donde todo el movimiento obrero estuvo desde el comienzo penetrado del partidismo político, ese fenómeno tenía que aparecer más palpablemente todavía. Un gran número de los jefes sindicales más conocidos son miembros del Reichstag y pertenecen al partido socialdemócrata. Es muy natural que no se encuentre a esas gentes para las luchas directas del proletariado, y no tiene objeto exigir de ellos cosas que contradicen toda su mentalidad. En esas circunstancias no es extraño que en

Alemania las grandes luchas sindicales hayan sido dejadas a un lado cada vez más desde antes de la guerra, para dejar puesto a los contratos a largo plazo y a las comunidades de trabajo. Tampoco la revolución modificó nada en ese aspecto. Mientras el nuevo Estado hizo posible a la socialdemocracia la colaboración positiva en el gobierno, los sindicatos han conformado su táctica entera a la nueva situación política y eluden radicalmente toda gran lucha.

Así es que todavía no se tiene ninguna comprensión para las nuevas condiciones que surgieron poco a poco de la formidable transformación del capitalismo. Todos los conflictos entre capital y trabajo de los años pasados, en los años clásicos de la racionalización capitalista, tuvieron lugar por las tarifas. Si se echa una ojeada a ese idilio bucólico de la política de las tarifas del salario, apenas se podría creer que Alemania ha sido en 1926 el teatro de una revolución industrial tan grande. Solo el número enorme de los desocupados y la terrible miseria de las masas nos recuerdan siempre esos hechos.

MUSA PROLETARIA

¡SÍ!

¡Sí! Ya sé que soy áspero, rudo,
como gato nacido en las pajas.

Que no sirvo al ambiente lamido
de la briosa ciudad complicada.
Receloso, taimado y arisco
como el puma cuando anda de caza.

¡Sí! Ya sé que son torpes mis gestos
y mis manos callosas y vastas.
Un obrero. Vulgar. Campesino
descuidando sus toscas palabras...

¡Pero taura! Muy hombre. Sincero.
Con un Yo como el sol: de una cara.
Sin revés y derecho. Seguro.
¡De una sola palabra!

Pedro Godoy.

Al pueblo

En pleno siglo XX el despotismo
se alza en el mundo y reina soberano,
nublando el ideal del bien humano
con sus sombras de negro barbarismo.

El mundo se despeña en un abismo,
empujado por la sangrienta mano
del trágico y fatídico tirano,
que quiere someterle a su egoísmo.

El pueblo muere y calla mansamente...
y el burgués insaciable, friamente,
extrema sin cesar las represiones.

¡Pueblo!... ¡Pueblo!... ¿Qué esperas que no estallas
en cruentas y coléricas batallas
por conquistar tus justas redenciones?

P. Fuentes Pérez.

R. MELLA

Evolución y Revolución

CONFERENCIA

El tema de que voy a ocuparme es de innegable importancia, no sólo bajo el punto de vista exclusivo de un partido o escuela, sino también en un sentido general para todos los que profesan ideas más o menos avanzadas.

Divídense generalmente los partidarios de ideas progresivas en evolucionistas y revolucionarios, y entiendo yo que tal división es absurda de todo en todo porque si se conforma con los hechos no se justifica y explica por la lógica. Trataré, por tanto, de probar la completa identidad que entre los términos evolución y revolución existe.

Es para mí el principio de la evolución completamente cierto; es para mí la revolución un modo, un aspecto de la misma evolución, y evolución y revolución se complementan y son inseparables por consecuencia.

¿Qué es y qué significa la evolución? ¿Qué es y qué significa la revolución?

Evolución es el desenvolvimiento general de una idea, de un sistema, de una serie de sucesos, de un orden de cosas cualesquiera hasta su complemento ó integración; es un movimiento constante en virtud del cual todo se modifica y cambia hasta alcanzar su total desarrollo. Revolución es y significa en el sentido más lato de la palabra una transformación ó una serie de transformaciones, un cambio ó una serie de cambios en las ideas morales, en los sistemas políticos, en las creencias religiosas, en la organización de las sociedades, ya afecte á sus costumbres, ya á sus formas gubernamentales, jurídicas y económicas.

Y si la revolución es un cambio ó modificación, ¿no es evidentemente un momento necesario del desenvolvimiento evolutivo, no es sin duda un instante preciso de la evolución que se verifica?

Examinemos sino la evolución en la Historia.

Tres modos principales del desenvolvimiento humano comprenden toda la evolución histórica: el religioso, el político y el sociológico.

Las primitivas ideas religiosas, la concepción que de la divinidad se formaron los primeros hombres, fueron grotestas creaciones de la ignorancia ya inspiradas por el miedo á fenómenos naturales entonces inexplicados, ya por la necesidad de un ente superior que encarnara las ideas de justicia y de fuerza, entonces sinónimos. Pero á medida que se fueron explicando aquellos fenómenos y á medida también que el elemento humano fué venciendo á la animalidad primitiva, las ideas religiosas se transformaron adquiriendo aspectos más naturales y más estéticos. La evolución religiosa, pasando por el politeísmo, el panteísmo y el monoteísmo, produjo al fin la encarnación de la idea divina en un ser con todos los atributos del hombre, y el dios de las venganzas, el terrible Jehová, resultado del espíritu guerrero de

sus tiempos, presidió los humanos destinos hasta que el Cristo determinó con sus doctrinas una mayor aproximación al hombre mismo. Pero también esta última idea levantó protestas y rebeliones. La evolución religiosa debía llegar hasta la emancipación definitiva de la razón, y bien pronto se inició un movimiento general que llevó por bandera el principio del libre examen. Desde entonces la filosofía abrió novísimos horizontes al pensamiento; y, como último término del desarrollo evolutivo, proclamó la Moral sin sanción y la Justicia humana sin las sombras en que se la envolvía como atributo de la divinidad. Así, los que ya no creen en una existencia ultramundana y los que en ella aparecen creer por conveniencia ó por hipocresía ó por miedo, rinden de hecho, allá en el fondo de sus conciencias, culto debido á la nueva idea, y practican, por su propia inspiración el bien y viven por los movimientos espontáneos de su naturaleza psíquica en las relaciones de la moral universal subordinando todos sus actos á este sentimiento innato en el hombre que le arrastra irresistiblemente á defender al débil contra el fuerte aun á riesgo de su propia vida. La idea de Justicia se nos presenta hoy pues, emancipada de la teología y nos arrastra con potente imperio hasta el punto de que lo que hicimos un día por pueril temor á lo desconocido, lo realizamos hoy por indefinición con el bien, por el imperativo mandato de la conciencia, por los impulsos de los más bellos y de los más bondadosos sentimientos, obteniendo aquí en la tierra la glorificación que durante mucho tiempo hemos buscado en los supuestos cielos de ignotos espacios.

¿Pero es que esta evolución de los siglos se ha realizado sin esos grandes sacudimientos que se llaman revoluciones?

Nadie de entre nosotros lo ignora: luchas terribles, cruentos sacrificios han sido necesarios para conseguir la emancipación religiosa. Revolución promovió el Cristo, revolución promovió Lutero, revolución promovió la filosofía; la evolución religiosa no llegó á integrarse en la fórmula final sino á cambio de tremendos sacudimientos revolucionarios, sin los cuales no habríamos salido todavía de la primera esclavitud.

Si de igual modo examinamos la cuestión en su aspecto político, llegaremos á conclusiones semejantes. En un principio rigen los destinos de los pueblos, ya constituidos en grandes agrupaciones, reyes absolutos de derecho divino y nada significan ni nada valen los derechos de todos los hombres. Uno solo tiene el privilegio de gobernarnos, de disponer de nuestras vidas y haciendas á su leal saber y entender. La tiranía despótica de los reyes halla más tarde un límite en el constitucionalismo. Es entonces necesario que los reyes se asesoren de las necesida-

des populares por medio de representantes y así se origina el parlamentarismo. Más no basta esto. Dase también en tierra con los poderes hereditarios y a la soberanía indiscutible de los reyes se opone la soberanía de los pueblos. La forma republicana y democrática encarna en un nuevo aspecto de la evolución y llega a constituir un ideal novísimo del progreso humano. Y como éste no se detiene jamás, como no se detendrá nunca el movimiento constante que da vida al universo, los pueblos han llegado finalmente a una concepción amplísima del principio de gobierno. Significando de hecho el absolutismo, el tiempo, la subordinación de unos a otros, de todos a uno o de uno a todos, proclamóse a la par que la soberanía colectiva, la soberanía individual armonizándose ambas soberanías, siempre coexistentes, por medio del contacto o pacto, base primera del principio federativo. El gobierno de cada uno por sí mismo es la última fórmula de la evolución política. Eliminando y limitando el principio de autoridad por sucesivas transformaciones, llegase a la generalización de la libertad, y hoy no aspiran los hombres a nada que no vaya directamente a la consagración de todas las autonomías, que no comprenda en un todo la libertad completa de pensamiento, de conciencia y de acción.

Así como la evolución religiosa termina en la negación de la divinidad, la evolución política termina en la negación del poder y del gobierno, del Estado, en fin. La libertad plena y sólo la libertad ha de ser el instrumento indispensable para la realización de todos los fines humanos. Mediante el pacto libre, completamente libre, han de organizarse no sólo los pueblos y las naciones sino también la producción, el cambio y el consumo, la vida, en fin, en sus múltiples variantes, para que llegue un día en que la humanidad formando una armónica federación universal realice por la libertad el ideal supremo de vivir sin gobierno, la Anarquía.

La generalización de estas ideas modernísimas se ha obtenido por la filosofía y por la política simultáneamente. Mientras los revolucionarios franceses se declaraban anarquistas por boca de Proudhon, negaba la república Pi y Margall y afirma el positivismo inglés que la humanidad tiende irresistiblemente a la supresión del gobierno, y estas enseñanzas, popularizándose de día en día, determinarán muy pronto el momento revolucionario de la total emancipación de los hombres.

Pero cabe ahora como antes preguntar: ¿acaso esta laboriosa evolución ha llegado a sus últimos límites sin esos grandes sacudimientos que se denominan revoluciones?

Nadie tampoco lo ignora. Han sido necesarias explosiones tan formidables como la de fines del siglo XVIII en Francia; han sido necesarias tremendas revoluciones en Europa y América, febriles movimientos de los pueblos en todas las naciones y en todos los tiempos. La conquista de la libertad ha costado y ha de costar aún raudales de sangre, millares de víctimas, montones de ruinas, porque la evolución sin estos necesarios sacrificios, no llegaría jamás a realizarse en toda su plenitud y extensión.

¿Y qué he de decir de la evolución sociológica? ¿Qué he de decir del movimiento económico contenido en ella? La organización de las sociedades primitivas fundóse en la subordinación del individuo al grupo, y a medida que las necesidades sociales e individuales fueron haciéndose más complejas, creció también su espíritu guerrero y su tendencia al des-

potismo. ¿Cuántos esfuerzos no hubieron de hacerse para llegar al estado actual en que todavía el militarismo nos agobia y nos empobrece! La evolución va, no obstante, siguiendo la línea de menor resistencia, a la sustitución del militarismo y de la cooperación forzosa por el industrialismo y la cooperación voluntaria, como ha hecho ver claramente Spencer. Ya en nuestros días se realizan muchos actos de la vida dentro del nuevo círculo de acción. El gubernamentalismo es ajeno a gran parte de los negocios de los ciudadanos y cuando interviene se ve forzado a transigir. La evolución supone aquí como en todo, la negación del punto de partida.

Y si a la esclavitud ha sucedido la servidumbre y a ésta el proletariado, ¿no es de esperar asimismo que el actual estado de cosas, sustancialmente idéntico a aquellos otros, desaparezca también dejando paso a la sociedad de los iguales, así bien como en el orden político lo dejará a la de los hombres libres? ¿Si así no fuera habría que declarar falsas todas nuestras ideas, erróneas nuestros principios, inciertos los hechos de experiencia, absurdas nuestras más legítimas aspiraciones! No, no puede negarse el principio de la evolución, no puede limitarse la ley del progreso, y es necesariamente el fin de la evolución social y económica la total igualdad de condiciones para la vida, es necesariamente la tendencia actual a suprimir privilegios y monopolios a fin de llegar a la universalización del goce de los medios de producir. Lo dice bien claro el carácter de las luchas de nuestros días, lo dice bien claro ese tremendo problema social que ya nadie niega y que reviste hoy más formidables caracteres que nunca, lo dice bien claro la actitud de las clases jornaleras que reclaman a cada paso y cada vez con más fuerza la satisfacción de sus perentorias necesidades.

La evolución social no comprende solamente las formas políticas y religiosas, sino que abarca también las formas económicas, y por tanto la llamada institución de la propiedad, causa y origen real de todas nuestras luchas. ¿Quién desconoce hoy que en suma la propiedad es la explotación que ejercen unos cuantos sobre todos los demás miembros sociales? Pues si la teoría de la evolución, en cuyo nombre quieren justificarse toda clase de aberraciones y de injusticias, ha de probarse en los hechos y cumplirse, será a condición de que el suelo sea libre para el agricultor y la herramienta y la máquina y el taller para el obrero industrial; será a condición de que la propiedad, generalizándose, llegue a ser del dominio de todos sin exclusión alguna.

Y qué, repito, ¿acaso la evolución social que nos hace concebir la posibilidad de un mundo mejor donde la ignorancia y la miseria, los dos terribles azotes de la humanidad, hayan desaparecido, acaso se ha desenvuelto sin esas revoluciones tan temidas; por los defensores de los intereses creados? La historia nos demuestra que merced a esas revoluciones precisamente, revoluciones que registraron ya la antigua Grecia y el antiguo Imperio Romano, la historia nos demuestra, digo, que merced a esas revoluciones, la evolución ha podido ir venciendo las resistencias que se le oponían en todos sentidos. La historia moderna nos lo demuestra aun mejor. ¿Qué han sido las últimas revoluciones, políticas en cierto modo, más que revoluciones sociales de hecho? ¿Qué ha sido el imponente levantamiento de los trabajadores de París al proclamar la *Commune*, más que un movimiento económico y social?

Ya veis como la evolución religiosa, política y eco-

nómica ha comprendido revoluciones tremendas como simples modos de la evolución general y como por consiguiente es absurda la división en evolucionistas y revolucionistas.

Si pedimos a la ciencia — y perdonad que de ciencia hable quien apenas la ha saludado — si pedimos a la ciencia sus irrefutables datos, veremos igualmente cómo viene a confirmar la tesis aquí sostenida.

El sonido, la luz, el calor y la electricidad, simples modos del movimiento universal que agita a la materia cósmica, ofrecen en sus desenvolvimientos particulares, fenómenos extraordinarios que son verdaderas revoluciones de la materia, y esos fenómenos son parte integrante del funcionalismo propio de cada una de esas formas del movimiento.

Si nos imaginamos una fuerza actuando en un determinado sentido o dirección y una serie de obstáculos a su paso, ¿no es verdad que esa fuerza vencerá, so pena de anulación, cuanto a su paso se oponga? ¿No es verdad que cada una de esas acciones necesarias para suprimir cada obstáculo tendrán el carácter de verdaderas revoluciones? ¿Y serán las acciones y reacciones bruscas de aquella fuerza algo distinto de su acción lenta y continua de cada día? ¿No serán, por el contrario, momentos necesarios del movimiento permanente de la fuerza dicha, obrando y reobrando a cada paso? ¿No serán evolución y revolución una misma cosa?

Las revoluciones son, por otra parte, tan necesarias en la Naturaleza como en la sociedad. En medio de la llanura surge inopinadamente una montaña; en medio del mar se produce la erupción volcánica que destruye a su paso cuanto encuentra; en nuestra propia atmósfera estalla la terrible tormenta que asola, mata y aniquila; y esos grandes fenómenos naturales no son más que revoluciones necesarias de la materia, no son más que absolutismos inevitables de las fuerzas latentes que en su proceso de desenvolvimiento vencen las resistencias que se le oponen y obran con formidable empuje y todo lo dominan. Y estas revoluciones naturales ¿quién negará que son manifestaciones propias de la evolución de la materia y de la fuerza?

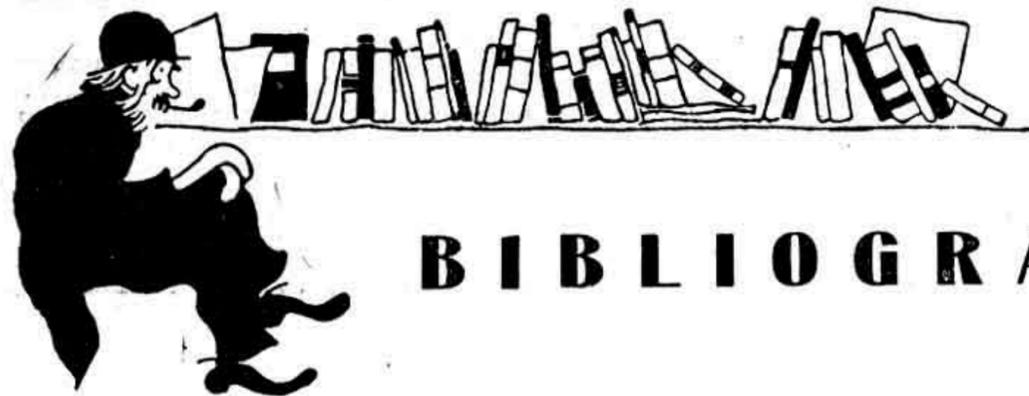
Pues, lo que ocurre en la Naturaleza sucede de un modo semejante en las sociedades humanas. Las ideas trabajan un día y otro la razón colectiva, van haciéndose lugar en nuestras conciencias, van minando poco a poco toda la existencia social hasta convertirse en una necesidad y determinar el momento preciso en que, sin detenerse en reparo ni consideración alguna, se lanzan los elementos populares a esas formidables explosiones de los sentimientos contenidos, a esas grandiosas revoluciones que han conquistado todos nuestros progresos y han de conquistar todavía otros mayores. Y no cabe suponer que siendo las revoluciones producto de la evolución basta cruzarse de brazos y esperar el momento en que fatalmente deben estallar aquéllas. Tanto valdría ehar por tierra con un simple sofisma cuanto de racional contiene la teoría evolucionista. La evolución social tiene por órgano a los hombres; ellos constituyen el medio en que aquélla se desenvuelve, y así como los fenómenos naturales dependen de las fuerzas en que tienen su origen, así las revoluciones humanas dependen de los seres vivientes por cuya mediación se realizan. Si se centuplica una fuerza cualquiera, claro es que al obrar aquélla centuplicará o su poder o su rapidez. Pues si los hombres que trabajan por el progreso centuplican sus nobles esfuerzos y su actividad, es así-

mismo evidente que el resultado será o cien veces mayor o cien veces más próximo. Es, pues, la revolución un momento fatal de la evolución, un momento que se produce a pesar de todos los antagonismos y oposiciones, pero tanto más próximo cuando más pronto se destruyan aquellos antagonismos y oposiciones. Y ahora permitidme que ante la semejanza y la correlación de los hechos y de las ideas, os recuerde al gran falsificador de la teoría evolucionista, al tribuno que un día cantó con inimitable armonía las libertades públicas y hoy es admirado por todos los papanatas enamorados de su palabra y por todos los que tienen o creen tener algo que conservar. Y permitidme también que os recuerde a la vez a esos otros grandes falsificadores de las revoluciones, a esos que en el secreto del gabinete preparan sediciones con el único objeto del poder por el poder, a esos que mueven batallones y generales a su antojo cuidándose bien de maniatar al pueblo y refrenarlo. Las sirenas del orden y de la libertad, lo falsifican todo con tal de acallar el clamor popular y servir fielmente a los poderosos. Los conspiradores de oficio todo lo corrompen pretendiendo erigirse en libertadores de la humanidad, como si obra tan inmensa hubiera de ser exclusiva de unos cuantos y no del concurso total de las fuerzas populares. Los unos trabajan por conservar sus posiciones individuales. Los otros por conquistarlas para sí. Ni unos ni otros quieren ni buscan la verdad.

No, no es la evolución ese lento y rítmico movimiento que nos enseñan los primeros. No es la revolución lo que pretenden pequeños Mazzinis y guardarropía. La evolución es lenta o es rápida según las circunstancias, los lugares y los tiempos; la evolución vence todas las resistencias y porque las vence produce las revoluciones, esas revoluciones de las ideas que entrañan algo esencial, y no esas otras pretendidas revoluciones que sólo conducen a una mayor agravación del cesarismo omnipotente de los gobiernos. La evolución y la revolución son, en fin, una misma cosa y quien de evolucionista se precie, ha de ser necesariamente revolucionario.

Soy, pues, revolucionario porque soy evolucionista; quiero la evolución con todas sus consecuencias; quiero la revolución, la revolución que modifique sustancialmente las condiciones en que al presente vivimos, la revolución que nos de la libertad, toda la libertad, y la igualdad completa de condiciones económicas; quiero la revolución que dando de mano a todas las formas del poder y de la desigualdad social, permita organizar a los pueblos sobre la base de la solidaridad humana; quiero, en resumen, la revolución que nos emancipe política, social y económicamente, y entiendo, queridos amigos, que esta grandiosa revolución, que es la revolución de un porvenir próximo, debemos quererla todos.





BIBLIOGRAFIA

Rudolf Rocker: *Die Sechs*. Un vol. de 170 págs. Verlag Der Syndikalist, Berlín, 1928. Precio, 1.80 Mk. en rústica; encuadernado, 3.—

Un nuevo libro de Rocker: nuevo porque vió la luz recientemente y por la originalidad del tema y la manera de encararlo. Se lee con fruición tanto por la forma como por el fondo, tanto por lo que dice como por lo que sugiere. Bástenos decir que en este volumen se saborea la literatura del Rocker de "Artistas y rebeldes", del magnífico "Germinal" y de "La maldición del practicismo". Pensamientos hondos que se encuentran revestidos por frases de una gran belleza; el arte al servicio del pensamiento libre. Tal es la esencia de este libro, que estudia seis caracteres de la literatura universal y termina con una fecunda síntesis que explica la variedad y la unidad de la vida y de sus problemas.

Miguel de Unamuno: "Como se hace una novela". Editorial "Alba", Buenos Aires, 159. páginas. Precio: 2 pesos.

De atenernos al título del libro que nos ocupa, el señor de Unamuno, profesor de griego, habríase preocupado, con su indiscutible pericia en la materia, de hacer una demostración técnica de "cómo se hace una novela". Pero no se trata de eso. Don Miguel no tiene en realidad preocupaciones de novelista, aun cuando escriba en romance. Su mayor pasión consiste en hablar de sí mismo o hacer que se habla de sus genialidades...

"Cómo se hace una novela" es un libro desarticulado: un conjunto de cosas cuya única unidad reside en el propósito del autor de hablar de sí mismo. Como que se trata de un prólogo, de un retrato de Unamuno por el escritor francés Jean Cassou, de un comentario al "retrato" del retratado — que se desconoce a sí mismo —, y, luego, del asunto principal: de "cómo se hace una novela", rematado con una continuación... hecha a manera de diario, en una breve cronología de hechos vulgares que don Miguel relata con gesto compungido e iracundo para que se sepa que él es también un gran desterrado, a la manera del Dante, de Mazzini y de Víctor Hugo.

El original de "Cómo se hace una novela" — la novela de Don Miguel en el destierro — fué publicada en la revista "Mercurio de France", con un "retrato" de Jean Cassou, y retraducida del francés para este libro. Y es precisamente lo más interesante del libro de Unamuno el retrato de su fisonomía moral. He aquí algo de lo que dice el retratista:

"Unamuno no tiene ideas: es él mismo, las ideas de los otros se hacen en él, al azar de los encuentros, al azar de sus paseos por Salamanca donde encuentra a Cervantes y a Fray Luis de León, al azar de los

viajes espirituales que lo llevan a Port Royal, a Atenas o a Copenhague, patria de Soeren Kjerkegaard, al azar de ese viaje real que lo trajo a París donde se mezcló, inocentemente y sin asombrarse ni un momento, a nuestro carnaval".

Don Miguel vive su carnaval, se disfraza de opositor — le sería demasiado peligroso llevar el disfraz de revolucionario — y nos cuenta su novela de desterrado, que comenzó en la isla de Fuerteventura, continuó en París y la prosigue en Hendaya. Y para hacer creer al mundo que su destierro también es histórico — como el del Dante, de Mazzini y de Víctor Hugo —, Unamuno, profesor de griego, hace política. Pero ¿en qué consiste la actividad del político de ocasión que descubrimos en "Cómo se hace una novela"? En repetir en cada página que él, Don Miguel de Unamuno, fué desterrado de España por el gobierno militar y despojado de su cátedra de griego de la Universidad de Salamanca.

Es esa lesión personal la que duele a Unamuno. Los dolores del pueblo español sólo existen en la parte que a él le tocan. Y si protesta contra la dictadura beocia de Primo de Rivera, si denuncia ahora las lacras de la monarquía borbónica y descubre todo lo vil que ocultaba el jesuitismo de los gobiernos liberales, es porque los hombres del pronunciamiento militar no supieron descubrir el vacío de sus paradojas ni interpretar el motivo de su descontento.

Dos veces quiso vivir la trágica realidad de España Don Miguel de Unamuno. La primera vez fué en 1909, cuando el proceso Ferrer, al que condenó porque era un enemigo de la sociedad... y porque dando la razón a Maura justificaba su egoísmo y su ignorancia de las cosas humanas. Entonces hizo política, para tomar partido por la reacción contra el peligro anarquista. Política hace también ahora, para vengarse de quienes no supieron o no quisieron perdonarle sus veleidades opositoras, que no eran ni son otra cosa que contradicciones de un espíritu hecho a todas las dobleces a pesar de su aparente reciedumbre.

La novela de Unamuno es una sucesión de contradicciones. Produce una enorme sensación de vacío ese relato de sus aventuras en el destierro. Cuando no habla de sí mismo — de su Jugo de la Raza — lanza diatribas contra los inquisidores, no del pueblo español, sino de su libertad, de su cátedra de griego y de sus goce; hogareños. Y hasta cuando se cree un hombre peligroso y se compara a los grandes proscriptos de tiranías que abrieron nuevos capítulos a la historia del mundo, reduce a lo poco que sufrió personalmente los sufrimientos de España, que debe a Unamuno la injuria de su tozuda justificación del asesinato de Ferrer, epílogo de un capítulo de sangre que Maura comenzó y Primo de Rivera continúa...

De Miguel de Unamuno dice su "retratista": "Po-

ético para quien las fórmulas de interés general no representan nada, novelista y dramaturgo a quien hace sonreír todo lo que se pueda contar sobre la observación de la realidad y el juego de las pasiones, poeta que no concibe ningún ideal de belleza soberana, Unamuno, feroz y sin generosidad, ignora todos los sistemas, todos los principios, todo lo que es exterior y objetivo".

Esa sensación de vacío, de la nada, experimentamos al leer "Cómo se hace una novela". Las 160 páginas del libro de Unamuno están dedicadas a su persona, que se debate en un inmenso océano de contradicciones. Y si algo encontramos interesante, aunque no es novedoso, es el retrato moral del que Cassou llama con justeza filósofo exegético.

Ni para el presente ni para la posteridad, interesan las aventuras de Don Miguel de Unamuno en el destierro, aun cuando ese proscripto improvisado por la tontería de Primo de Rivera se empeñe en magnificar su proscripción comparándose con el Dante, con Víctor Hugo y con Mazzini, poetas y políticos que supieron encarnar en su tragedia íntima un trágico período de la vida de los pueblos.

E. L. A.

Miguel de Unamuno. — "Romancero del destierro". Ed. Alba, Buenos Aires, 1928. 158 pág. Precio: \$ 2.—

Don Miguel de Unamuno, desterrado de España por Primo de Rivera, pasa sus ocios forzosos en París entre las tertulias de los cafés, los versos y las andanadas contra el dictador español.

Fruto de esos ocios son las páginas de este volumen, uno de los dos que acaban de ver la luz en Buenos Aires. No somos muy técnicos en materia poética, y más cuando la afirmación de que los versos de Unamuno nos parecen a veces demasiado simplistas e infantiles, como cosas de colegial, y a veces demasiado conceptuosos y en general más bien prosa rimada que poesía, — nos podría atraer alguna censura de incompetentes. Por eso nos abstenemos de juzgar la poesía unamunesca y decimos que el espíritu llorón y patriótico que la anima es más propio de siglos pasados, de la época de los movimientos nacionalistas del 48, que de nuestros días, en que la mentalidad humana no se conmueve con las declamaciones contra una tiranía si adivina tras ellas la ambición de una tiranía nueva o la ausencia de toda promesa de fecundas realizaciones.

En una palabra, a las muchas cualidades con que los periodistas y críticos adornan al ex rector de Salamanca, no creemos que haya quien le atribuya la de ser profeta de una era nueva.

He aquí uno de los tantos versos, y no de los menos ingeniosos, escogidos al azar en este volumen. Se titula "El gendarme hortelano":

Coje presos a los caracoles

que le comen las coles...

— se los ha de comer —

llega armado de dos regaderas

y a la puesta del sol, las primeras

estrellas por nacer,

va regando su bien con blandura

¡oh civil verdura

donde no cabe mal!

mientras charla con buenas vecinas,

testigos las gallinas,

sin proceso verbal...

¡Oh guardián de la paz y del orden!

cundo un día te aborden

anarquistas feroces, ¡ qué horror!

echa mano de las regaderas
y antes de que nazcan las primeras
estrellas de la noche del Señor
refréscale a la tierra endurecida;
mira, gendarme, que se va la vida
y con la vida se nos va el amor...

Hay otros versos que entendemos menos que este, a pesar de que éste no lo entendemos absolutamente nada. Pero puede atribuirse a nuestra pequeñez mental para comprender a don Miguel de Unamuno, el mismo que escribió páginas infames contra Ferrer, el mismo que no abrió el pico para protestar contra la matanza sistemática de obreros en Barcelona, que abrió el camino a la reacción de Primo de Rivera, y que ahora supone que su destierro tiene mayor significación que la de 500.000 obreros españoles refugiados en Francia para escapar a una situación de la que, por lo menos, no son ni han sido cómplices.

Clemente Mangado. — "Dardos". Manojos de pensamientos. 61 págs. 8°. Ediciones Primas. Beziers (Francia). Precio: 2 francos (el 50 por ciento se dedica a los presos por cuestiones sociales).

Emilio Andrés Alvarez: "La expresión del pensamiento" (prosa y versos idealistas). Editorial "La Palestra", Buenos Aires, 1928. 32 páginas.

PERIODICOS NUEVOS

Despertad!, decenario órgano de la Federación Regional Marítima afecta a la C. N. T., Vigo. Desde comienzos de abril ha vuelto a reaparecer con este nombre el antiguo órgano "El despertar marítimo". Su dirección está en rua Alta 19, Vigo.

"Brazo y Cerebro", periódico quincenal anarquista. I-2, mayo 15, San José (Uruguay).

"Semilla Libertaria", órgano de la Federación de grupos anarquistas "Miguel Bakunin", Guayaquil (Ecuador). Primer número, mayo 1.º de 1928.

"Adelante", Huarochiri (Perú). Año IV, N.º 23, mayo de 1928.

"El Sembrador", de los campesinos del Valle de Chancay (Perú). I-1, 1.º de mayo.

Todos estos periódicos son de pequeño formato, en cuarto y en folio.

"Avante!", 2.ª época, núm. 4, del 11 de abril. Villa Cecilia (México).

"L'Iniziativa", rassegna política mensual. I-2, 15 de abril de 1928. París.

Verbo Nuevo, periódico de ideas y de lucha. N.º 1, abril 10 de 1928, Bruselas (Bélgica). Los camaradas españoles expulsados de Francia reinician en Bélgica la propaganda por escrito, como hemos visto ya por "El Rebelde" y vemos ahora con este nuevo periódico.

Guilda de Amigos del Libro

Comunicados.—

Basavilbaso. — Hemos recibido tres pesos sin carta explicativa sobre el destino de los mismos.

En la primera quincena del mes entrante comenzaremos el reparto del IV volumen de las Obras Completas de Bakunin, titulado DIOS Y EL ESTADO.

Forma un libro de unas 250 páginas, con un extenso prólogo de Max Nettlau, y contiene las mejores páginas del gran revolucionario.

Los compañeros que estén al día en sus cotizaciones y deseen este libro, pueden escribirnos de inmediato; los agentes, por su parte, harán un pedido global para los socios de la localidad en que residen.

Habiendo quedado muchos compañeros sin el libro "Abajo las Armas", hemos hecho un nuevo pedido, que tenemos ya a disposición de los interesados.

EDITORIAL "LA PROTESTA"

HISTORIA

M. Nettlau.—

Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España (1868-1873). — 132 páginas en 8.º mayor, 1925, \$ 0.50

Edición especial en papel pluma, \$ 1.
Encuadernado en tela, \$ 2.50.

Errico Malatesta, la vida de un anarquista. — Trad. de D. A. de Santillán. 262 págs. en 8.º, 1923, \$ 1.20.

Edición espec. papel pluma, \$ 2.—
Encuadernado en tela, \$ 3.50.

Fernand Pelloutier y el sindicalismo.— 44 págs., 1927, \$ 0.15.

Rocker Rudolf.—

Johann Most, la vida de un rebelde.— Prólogo de A. Berkman. 2 tomos de 350 páginas cada uno, precio de cada tomo \$ 1.50.

Rudenko.—

En Ucrania. — *La sublevación popular y anarquista* — Trad. del ruso por J. Company, 1922, \$ 0.15.

Guillaume J.—

Miguel Bakunin. — Noticias biográficas, 42 págs., 1924, \$ 0.20.

FILOSOFIA DEL ANARQUISMO

Obras completas de Bakunin Miguel

I La Revolución Social en Francia, tomo primero. Prólogo de M. Nettlau, trad. de D. A. de Santillán. Un vol. de 329 págs., 1924.

II La revolución social en Francia.— tomo segundo, prólogo de M. Nettlau. Un vol. de 287 págs., 1925.

III Consideraciones filosóficas.— Prólogo de M. Nettlau. Un vol. de 350 págs., 1920.

Precio \$ 1.50 c/u.

Encuad. en tela . . . \$ 3.50 c/u.

(La serie continúa)

"TEMAS SUBVERSIVOS"

Un volumen de 350 págs., \$ 1.50

Malatesta Errico.—

Anarquía. — 48 págs., 1927, \$ 0.20.

En el café.—Trad. de D. A. de Santillán, prólogo de L. Fabbri, 108 págs., 1926 \$ 0.30.

Kropotkin P.—

Conferencias. I. — *El Estado, su rol histórico. El Estado moderno.*— Un vol. de 146 págs., 1923, \$ 0.50.

Encuadernado en tela \$ 1.50.

Fabbri L.—

Cartas a una mujer sobre la anarquía.—Un tomo de 110 págs., 1923, \$ 0.50.

Influencias burguesas sobre el anarquismo. — 48 págs., \$ 0.20.

C. Lombroso y R. Mella.—

Los anarquistas (Estudio y réplica)— 166 págs., \$ 1.—

ANTIMILITARISMO

ANTINACIONALISMO

Bureau Internacional antimilitarista

Protocolo oficial de la conferencia celebrada del 2 al 4 de agosto de 1926 en Berlín. 8 páginas en folio, \$ 0.10.

E. Nido, R. Rocker y Nemo.—

Nacionalismo y anarquismo.—64 págs. 1927, \$ 0.20.

UTOPIAS LIBERTARIAS

Faure Sebastián.—

Mi comunismo (La felicidad universal). — Un vol. de 432 págs., 1922, \$ 2.
Encuadernado en tela, \$ 3.50.

J. Dejacque.—

El Humanisferio. — Un vol. de 142 páginas. Prólogo de M. Nettlau y Eliseo Reclus, 1927, \$ 0.50.

FOLLETOS DE PROPAGANDA GENERAL

E. Reclus

A mi hermano el campesino. — \$ 0.10.

Crusao Juan.—

Carta Gaucha. — 6.ª edición, 30 págs., 1924, \$ 0.10.

Abad de Santillán D.—

La jornada de seis horas. — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo. — 28 páginas, 1926, \$ 0.10.

Rudolf Rocker.—

La maldición del practicismo. — 32 págs., 1926, \$ 0.10.

Souchy Agustín.—

La Ucrania revolucionaria. (Resultado de un viaje de estudio desde abril a octubre de 1920). — Un vol. de 62 págs., 1922, \$ 0.30.

P. Kropotkin.—

A los jóvenes. — 28 págs., 1926, \$ 0.10.

Radowitzky S.—

La voz de mi conciencia. — 16 págs., \$ 0.10.

VARIOS

Certamen Internacional de "La Protesta". — 160 págs. 4.º, 1927, encuadernado en tela, \$ 2.—

Faure S.—

La falsa redención. — \$ 0.10

La dictadura de la burguesía. — \$ 0.10

La patria de los ricos. — \$ 0.10.

La podredumbre parlamentaria.—\$ 0.10

La moral oficial y... la otra. \$ 0.10

La mujer. — \$ 0.10